

ASIA MENOR.—Vista general de Amasia. (Pág. 364).



El ilustrísimo señor Obispo de Nicópolis nos suplica la inserción del adjunto suelto, que con el mayor gusto trasladamos á nuestras columnas:

A los que han seguido las fases de la última guerra ruso-turca les serán sin duda familiares los nombres de varias ciudades situadas en ambas orillas del Danubio, tales como Calafact, Turn-mogarell, Nicópolis, Sistow, Rustciuk, etc., que fueron todas teatro de terribles batallas, sitios y otros acontecimientos militares.

Todas estas ciudades están sujetas á mi jurisdicción episcopal; ninguna de las nombradas había tenido hasta mi entrada en dicho país sacerdote católico, á pesar de ser respetable el número de católicos residentes en ellas.

Empecé destinando á Rustciuk un misionero fijo, junto con Religiosas para la instrucción de las niñas, las cuales Religiosas fueron las primeras que se instalaron en la Bulgaria danubiana, entonces bajo la dominación directa de la Media luna.

Después de Rustciuk fueron destinados sacerdotes á Calafact y Turn-mogarell; pero la guerra anuló todos nuestros esfuerzos, no siendo posible restablecer los sacerdotes y religiosas hasta dos años después de la paz, y todo esto á costa de cuantiosos gastos y de muchas penalidades.

Sistow estaba esperando la hora en que también podría albergar al ministro de la verdadera Religión, de cuyo ministerio esperaba reportar inmensos beneficios.

Consta ya que Sistow es población de bastante importancia, pues cuenta 30,000 habitantes: los rusos escogieron este punto para echar un puente sobre el Danubio; operación que se terminó á pesar de los proyectiles de los turcos. Allí se dieron las primeras batallas, y desde allí se dirigieron á Plewna, famosa Plewna, que resistió al ejército

ruso y rumano por espacio de seis meses, bajo la dirección del valiente Osman-Bajá, no rindiéndose hasta haber agotado la última ración.

Sistow en lugar de ser centro de la religión católica lo era de perturbadores panslavistas en daño de nuestra religión; mas la Providencia ha dispuesto que estos últimos tiempos se aumentara el número de los católicos y que pidieran la ayuda del sacerdote católico, lo que con grande satisfacción nuestra les hemos concedido ya.

Es éste uno de los primeros alumnos ordenado de sacerdote en nuestro seminario; sujeto dotado de relevantes cualidades, quien además de la lengua del país habla los idiomas necesarios para el ejercicio de su ministerio en aquellas ciudades, situadas en las orillas del Danubio.

Hemos recibido carta de dicho sacerdote pidiéndonos la bendición, que de corazón le hemos enviado, para empezar la propagación del Evangelio en dicha ciudad.

La publicación de este hecho aislado parece no tiene importancia, pero realmente la tiene, porque nos muestra el bien grande que se podría hacer multiplicando los sacerdotes por medio del seminario indígena; pues son muchas las ciudades que se hallan en la misma necesidad de Sistow, necesidad á que no puede atenderse por falta de sacerdotes que posean los idiomas usados en aquellas regiones.

Saben ya los que leen los diarios, que uno de los objetos que me han llevado á España es el pedir limosnas para completar y consolidar la obra de dicho seminario; obra á que di principio á mi llegada á Bucarest y que he continuado á costa de repetidos sacrificios.

Permitidme reiterar mis súplicas á los católicos de Barcelona y de España que me ayuden en este esfuerzo supremo con sus limosnas, y Dios, según sus promesas, las recompondrá con creces.

Estén bien seguros que yo les tendré siempre presentes.

en el santo sacrificio de la Misa, y en el día en que tendré la dicha de arrodillarme en presencia del Padre Santo, antes de regresar á Bucarest, le pediré una bendición especial para todos los que me habrán auxiliado en esta empresa de tanta importancia.

† IGNACIO PAOLI, *Obispo de Nicópolis y Bucarest.*

Los que habitan en Barcelona ó en sus alrededores podrán presentarme las limosnas en el Colegio de las Escuelas Pías, ó permitirme que vaya á su casa; tambien podrán presentarlas en la Secretaría del Palacio episcopal ó en las Redacciones del *Diario de Barcelona*, *Correo Catalan*, *Principado*, *Revista popular* y *Misiones católicas*. Los que residen en lugar distante de Barcelona pueden enviarlas á sus respectivos párrocos.—*I. P. O.*

DAMASCO.

VI.

ALREDEDORES DE DAMASCO.



TANTO como me parece fea la ciudad, encuentro hermosísimos sus alrededores. Para juzgar de su belleza es preciso situarse en el arrabal de Salahhiet, ó bien en el antiguo camino de Damasco á Berito en el punto donde, desprendiéndose de los largos desfiladeros del Ante-Líbano, este camino da vista á la llanura inmensa en cuyo borde se halla situada Damasco. Desde esta especie de mirador el P. Cassini vió la célebre ciudad por primera vez, y expresa en los siguientes términos la impresion que le produjo el inesperado espectáculo que se presentó á sus ojos:

«Me encontré á la vista de Damasco, de la que distaba todavía unas dos leguas. Toda mi atención quedó absorbida por el espectáculo imponente de la ciudad. Un espeso bosque de nogueras, melocotoneros, manzanos, perales, albaricoques, ciruelos y otros árboles frutales le forman un verde cinturón de unas doce millas. La vista se extiende más allá de este bellissimo bosque de verdor, y se pierde en una vasta llanura que se prolonga hácia el Oriente y el Mediodía. Esta llanura me pareció árida al igual que las dos cadenas de montañas que se levantan como fortificaciones al Poniente y al Septentrion (1). Esta uniforme desnudez hace resaltar el verde bosque que rodea á Damasco, y le da el aspecto de un oasis en medio del desierto.

«En el seno, pues, de este jardín delicioso está sentada como una reina la capital de Siria. Sus elevados alminares, sus grandiosas mezquitas, sus arrabales y hasta sus cementerios cautivan al viajero y le indemnizan ampliamente de las fatigas de su viaje á través de las hondanadas y cumbres del Ante-Líbano. No cesaba de admirar el panorama que se ofrecía á mi vista, y ciertamente no me hubiera apresurado á abandonar aquella altura si no hubiese tenido que reunirme á mis compañeros de viaje. No experimentaba ya el menor cansancio, mi corazón estaba satisfecho, y daba libre curso á mi imaginación. Bajo esta impresion terminé el descenso del Ante-Líbano, y despues de haber empleado una hora en atravesar los

(1) El P. Cassini no observó este punto con toda detención, pues en diversos lados se distinguen puntos verdes que indican los lugares habitados. Cuéntanse cincuenta y cuatro pueblos diseminados en aquella vasta extensión, todos rodeados de árboles frutales y de moreras.

jardines, cuyos árboles me cubrían con su fresca sombra, entré en Damasco (1).»

El Ilmo. Mislin supo resumir sus impresiones en estas líneas tan breves como elocuentes: «Apenas se ha traspuerto el paso de Bobbuéh (2) gózase de uno de los más hermosos panoramas del mundo: aquello es el Oriente con toda su magnificencia. En medio de una llanura sin límites encuéntrase Damasco con sus numerosos alminares y sus cúpulas resplandecientes; al rededor una corona de verdura, ancha como un mar, fresca y olorosa como un bosque de naranjos, y más léjos la llanura surcada por riachuelos que van á esparcir el frescor y la vida en aquel encantador paraíso despues de haber regado esta ciudad, digna de ser la reina del Asia (3).»

No descuidaremos aquí el testimonio de un ilustre inglés, lord Lindsay, que á pesar de su flema británica supo encontrar una preciosísima imágen para expresar esta belleza exterior de Damasco: compara «esta ciudad encantadora á una poderosa escuadra que instala sus mástiles y sus velas sin número en medio de la esmeralda de un vasto mar (4).»

Despues de leer esto se concibe que el lirismo de los poetas árabes haya prodigado á Damasco epítetos como los siguientes: «perla del Oriente, paraíso de la tierra, collar de la belleza, campiña de los pavos reales celestes, beso maternal sobre la mejilla de la tierra.» Juliano el Apóstata le concedió el título de ojo del Oriente, y sabido es que el califa Abd el-Malek añadió á las siete maravillas del mundo el agua, el aire, los jardines y los frutos de Damasco, y despues la gran mezquita que levantó sobre el antiguo solar de la catedral de San Juan Bautista. Mas entre estas cinco maravillas de Damasco, el agua, á los ojos de un oriental, ocupa incontestablemente el primer lugar.

La Siria, para limitarme á esta parte del Oriente, está notablemente despojada de bosques. Las cumbres y los flancos de sus montañas presentan generalmente una desconsoladora desnudez. Las mesetas, las llanuras y los valles sólo ofrecen raros grupos de árboles. El Líbano es el único que ostenta, en su vertiente occidental y sobre las mesetas superiores, numerosas plantaciones de moreras. Empero las diferentes mutilaciones de que es objeto este árbol para atender á la cria de los gusanos de seda, impide que tomen su natural desarrollo.

El resultado de esta falta de bosques es que despues de recogidas las cosechas, que son aquí precoces, la superficie de la tierra queda durante largos meses expuesta á los ardientes rayos del sol, siguiéndose de ahí la escasez de manantiales y corrientes de agua, y la ausencia de sombra y de frescor que templen el calor del día. Así se comprende el placer que experimenta un oriental en las inmediaciones de una fuente ó de un río. Vemos que Dios mismo pone entre las promesas que hacia al pueblo hebreo, la de la abundancia del agua. *Effundam enim aquas super silientem et fluentia super aridam... Et germinabunt inter herbas quasi salices juxta præter fluentes*

(1) *La Terra Santa*, etc., t. II, p. 444.

(2) Designase con este nombre un paso de unos 600 piés de largo y 12 de ancho, que ha sido abierto en la roca viva, y que conduce desde el lecho del Barada á la cumbre de la última colina que separa al viajero de la llanura de Damasco.

(3) *Les Saints-Lieux*, t. 1, p. 463.

(4) *Letters*, Londres, 1839.

aguas (1). Isaías, queriendo pintar la bienaventuranza del justo, no encuentra imágen más bella que la de un jardín bien regado y de una fuente cuyas aguas nunca se agotan: *Et eris quasi hortus irrigus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquae* (2). A su vez Jeremías toma igual figura para pintar la misma felicidad: *Eritque anima eorum quasi hortus irrigus, et ultra non esurient* (3).

No es, pues, extraño que el califa Abd el-Malek calificara de maravilla el agua de Damasco, y que sus habitantes hablen de ella con verdadero orgullo.

Mas ¿de dónde le viene á aquella ciudad este inapreciable tesoro que le envidian tantas ciudades de Oriente y del que se mostraba tan celoso el sirio Naaman, cuando rehusaba ir á lavarse en el Jordan: «¿Acaso el Abana y el Pharphar, rios de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel (4)?»

Puesto que he nombrado estos dos rios, empiezo por observar que han perdido sus nombres bíblicos, y todo hace presumir que el nombre moderno de Auadje (5) corresponde al antiguo de Abana, y el nombre de Fidjeh al de Pharphar.

El Auadje, honrado en otro tiempo con el sobrenombre de «rio del paraíso,» toma su origen en el Djabal-Cheikh, que domina como un gigante toda la cordillera del Ante-Líbano, y riega el territorio del pueblo de Daraia, situado á dos leguas cortas de Damasco. Las cristalinas aguas del Auadje le valieron á esta localidad el calificativo de «casa del paraíso.»

Respecto al antiguo Pharphar, es el principal afluente del Barada, cuyo nombre árabe ha prevalecido sobre el bíblico de Pharphar y sobre el griego de Chrysorrhoeas (rio de oro). El verdadero origen del Barada es la fuente llamada Al-ain-el-Awra, á dos leguas más lejos del pueblo de Zebdani, renombrado por sus excelentes frutos, y junto al camino que conduce, por el Ante-Líbano, desde Damasco á Baalbek. La fuente que lleva el nombre de Barada se encuentra á tres cuartos de legua bajo este mismo pueblo, y da su nombre á las corrientes de agua reunidas que se dirigen á Damasco. En las cercanías de Zebdani hay las ruinas de la antigua Abila, cabeza de partido del Abileno, del que se hace mencion en el Evangelio de san Lucas á propósito de Lysanias, que era tetrarca de esta provincia (6). Estas ruinas se encuentran en el punto del valle del Barada en que las aguas de la fuente de este nombre se escapan en espumosas ondas á través de las rocas que les cierran el paso. En este lugar se ha echado un puente sobre el torrente y abierto un camino en la peña viva. Algunos restos de inscripciones latinas indican que la vía romana seguía este valle, y recuerda que habiendo sido derribado el antiguo puente por un derrumbamiento de la montaña, Julio Vero, prefecto de Siria, lo hizo reconstruir á expensas de los habitantes de Abila.

A una legua próximamente más abajo de este puente, el Barada únese á la fuente del Fidjeh, á la cual ha te-

(1) Isai. XLIV, 3, 4.

(2) Ibid. LVIII, 121.

(3) Jerem. XXXI, 12.

(4) IV Reg. V, 12.

(5) *Auadje* significa en árabe *tortuoso*. Este rio ha recibido este nombre á causa del gran número de sinuosidades que describe en su curso.

(6) Luc. III, 1.

nido que ceder su nombre, como sus aguas ceden en bondad, en limpidez, en frescura y en abundancia á las de esta magnífica fuente. El Fidjeh se precipita saltando en el Barada, á cien pasos de la roca de donde se despeña con estrépito.

Parece que la célebre reina Zenobia quiso dotar á Palmira de las aguas del Fidjeh, y al efecto hizo cortar en la peña un largo canal de dos piés de ancho y cinco de alto, que terminaba en la llanura junto á un acueducto del que todavía se ven algunos restos.

Antes de llegar á Damasco, pasando por Dommar, lugar de residencias de verano á una legua corta de la ciudad, el Barada se divide en siete canales, y cada uno de ellos tiene su nombre respectivo (1). Uno de ellos cruza la ciudad, baña el pié de la fortaleza, y luego, besando el muro de cerca por la parte del Norte, sigue algun tiempo los contornos de esta muralla y concluye por alejarse para regar los jardines é ir á perderse en los lagos á la distancia de ocho leguas. El Yazid, así llamado del nombre del califa que hizo cavar su cauce en el flanco del monte Quaizum, se mete, al salir de Dommar, en un hermoso canal, se dirige al barrio de Salahhiet, cruza la parte superior de éste, y reparte el beneficio de sus aguas en las mezquitas, las casas y los jardines. Bajo este mismo arrabal corre el Taura, que se desprende del Barada á poca distancia del empalme del Yazid. El Baniats provee de agua á los barrios del Noroeste de la ciudad. Nar-el-Quanawats, el más estimado de todos estos arroyos, se derrama por millares de conductos en la mayor parte de Damasco, y abastece las fuentes públicas, las mezquitas, las casas particulares y sus jardincitos de un agua tan abundante como límpida y fresca.

El excedente de estas aguas se dirige á la llanura, en donde conserva el magnífico verdor que hemos descrito: luego todos esos canales del Barada acaban por reunirse y van á echarse en los lagos situados al Oeste de la ciudad. Esas sábanas líquidas, que ocupan á veces una superficie de doce leguas de circunferencia, están casi secas en el momento que escribo. Las lluvias del último invierno fueron insuficientes, y el Barada se ha resentido considerablemente de ello. De ahí la forzosa huelga total ó parcial de los molinos, y de consiguiente la elevacion del precio de la harina, que hace poner el grito en el cielo á los infelices hijos del pueblo. Dichos lagos son aquí conocidos con el doble nombre de Bahr-el-Atebe (mar del Atebe) y de Bohhairat-et-Mardj (pequeño mar de la pradera).

He dicho que la llanura de Damasco cuenta cincuenta y cuatro pueblos, lo que es indudablemente poco si se considera su fertilidad y vasta extension. Entréguense estos terrenos á un pueblo industrial, y en menos de veinte años se contarán allí por centenares los pueblos y por millares las casas de campo. Las ruinas que todavía se descubren en esta llanura revelan que en otro tiempo fué mucho más poblada, y que Damasco no era la única ciudad que en ella se encontraba. Tan cierto es que la dominacion musulmana ha sido para el Oriente un principio de decadencia y una causa de ruina.

(1) Sus nombres son: Barada, Nahr el-Quanawats, el Yazid, el Taura, el Baniats, el Acraba y el Mezzeh.



ASIA MENOR.

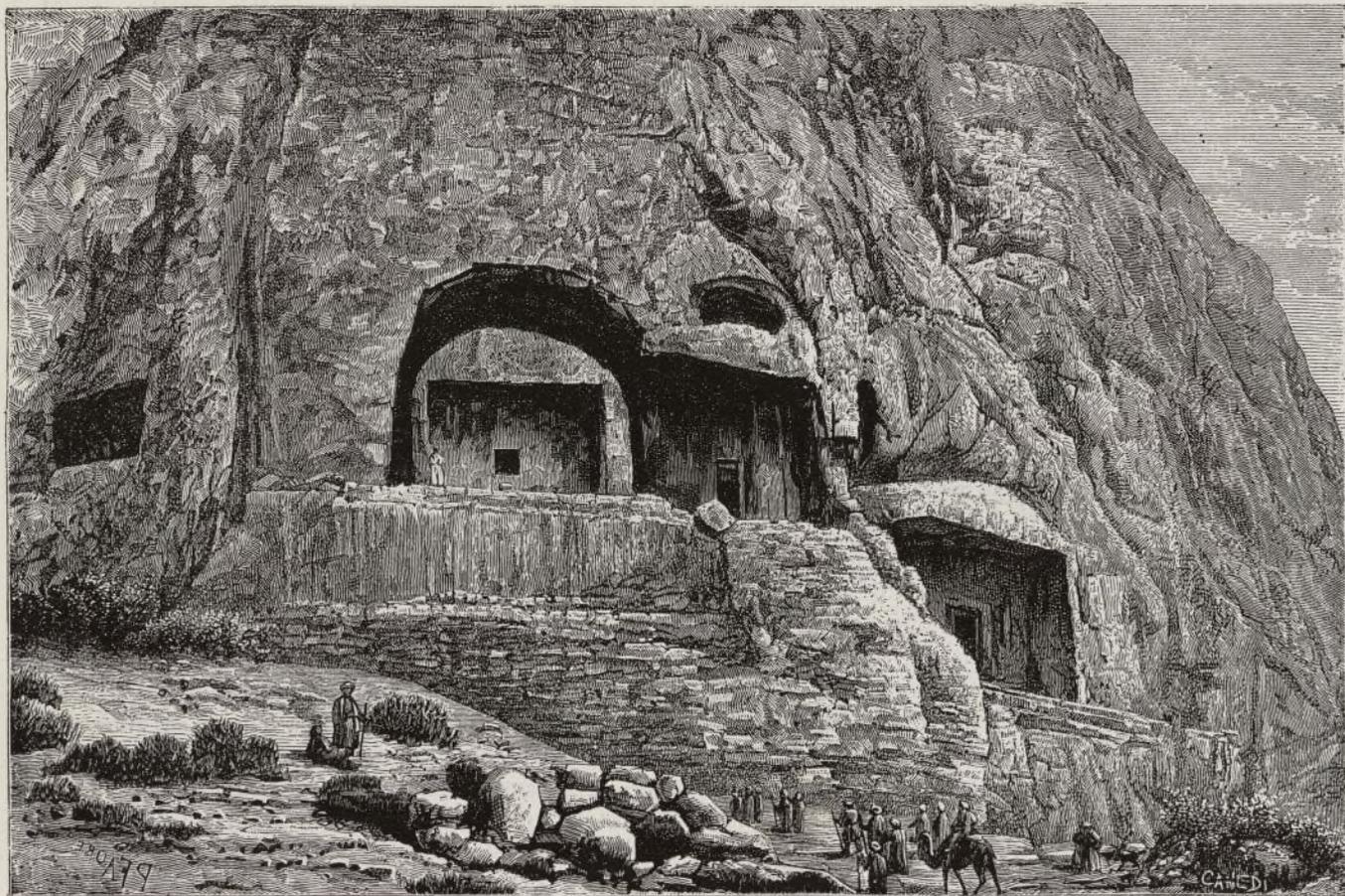
Carta del P. Brunel, de la Compañía de Jesús.

Casa Imbert, por Samsun (mar Negro).

AMASIA fué en otro tiempo la capital de los reyes del Ponto. El famoso Mitridates dejó en esta ciudad huellas indestructibles de su poder. Las imponentes ruinas de la ciudadela que lleva su nombre levántanse todavía á más de 500 metros sobre la ciudad, como queriendo impedir su entrada á los viajeros. Sentada en los escarpadísimos flancos de elevados montes, y bañada por un gran río, la ciudad serpentea por la orilla izquierda y se introduce en tres enhiestas garñantas. (V. el grabado de la pág. 361). En la misma

orilla está fuertemente dominada por el monte cortado á pico, y en su cumbre se levanta la ciudadela, cuyos muros descienden hasta el río, por ambos lados de la ciudad.

Otro recuerdo existe de los reyes del Ponto: hicieron éstos cavar sus tumbas frente de la ciudad y debajo de la ciudadela, ó hácia el río. Tales trabajos son espléndidos. El peñasco á pico lo cortaron por ambos lados y encima del sepulcro, á fin de que apareciera éste un monumento distinto de la montaña. Todos esos sepulcros reales tienen casi la misma forma. Un magnífico portal romano hace el marco de la fachada, y en el centro, casi á la altura de los capiteles, hay una abertura en forma de ventana, por donde se introducían los ataúdes. Sobre esta abertura, es decir sobre el tímpano, hay grabadas ins-



ASIA-MENOR.—Sepulcros de la montaña de Amasia.

crípciones encuadradas con viñetas y aún á veces con pinturas que se asemejan á las nuestras de la Edad media. Ocho ó diez escalones, constantemente cortados en la roca, conducen á aquellos sepulcros y acaban de darles imponente majestad.

El clima es poco más ó menos como el del Mediodía de Francia. Encuéntrase allí el mismo cielo azul, el mismo aire puro y los mismos productos del suelo. Así es que me parece estar todavía en Nimes, y mi salud sigue buena como nunca. Los terrenos á lo largo del río son verdaderos jardines. Hay allí excelentes frutos y buen vino, y las manzanas sobre todo tienen merecida celebridad; se las remesa en gran cantidad á Constantinopla, y segun se dice son las únicas admitidas en la mesa del Sultan.

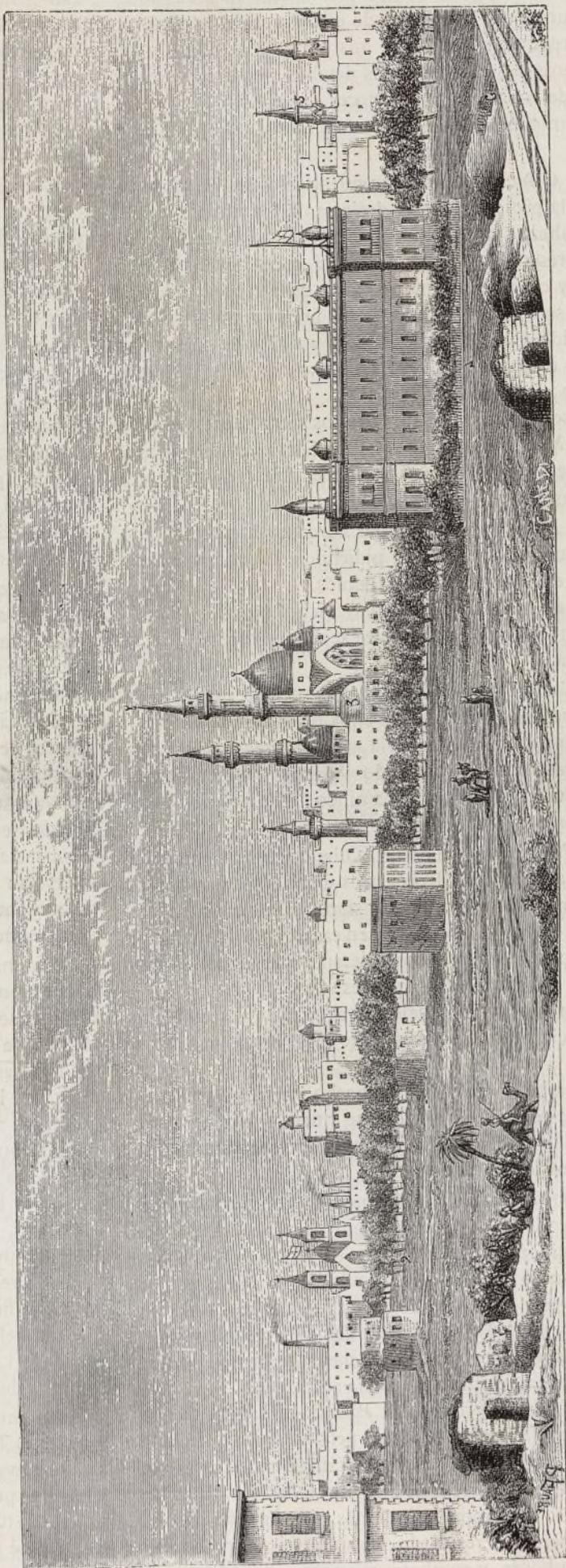
Despues de esta descripción creeréis quizá que los jardines de Amasia pueden rivalizar con los del paraíso terrenal. Voy á desilusionaros: están casi todos sin cultivo. He preguntado la causa, y me han respondido que la culpa la tiene el Gobierno turco, que aumenta los impuestos tanto como los propietarios hacen producir á sus jardines; así es que no queriendo cansarse en pura pérdida, los dejan casi todos incultos, y se contentan con recoger los frutos de los árboles.

No encontrando su negocio por esta parte, los armenios dirigen su actividad al comercio: así es que casi todos los padres de nuestros niños son mercaderes de telas, ó drogueros, carniceros, etc. Generalmente de carácter muelle, tienen no obstante un gran fondo de piedad, y les gusta asistir á los Oficios divinos y orar; no

cabiendo duda alguna de que están en la mayor buena fe. Antes de nuestra llegada creían á los católicos tan malos y aún peores que los protestantes, prevencion comun en todos, excepto en los sacerdotes y diputados de la nacion. Estos diputados, que son elegidos por sufragio universal y se les escoge entre las familias más influyentes, se entienden con el patriarca cismático de Constantino- pla, organizan las escuelas y perciben los impuestos de los particulares para darlos al Gobierno turco.

Nuestra habitacion está precisamente á la entrada de la ciudad, y se compone de dos cuerpos de edificio, de un vasto patio y de jardin. El gran cuerpo de edificio fué un local para la cria de gusanos de seda, abandonado mucho tiempo há, pues aquí como en Francia aquellos animalitos se han puesto en huelga. Hay los bajos y un piso. Los bajos los hemos dividido por medio de un tabique. La parte correspondiente al lado de la fachada nos sirve de capilla y puede contener cerca de 500 personas, y la parte de fondo ha sido separada en dos clases, cabiendo cómodamente en cada una de ellas de 60 á 80 discípulos. Nada hemos innovado en el primer piso.

La segunda habitacion es mucho más modesta: compónese de un pequeño comedor y de un aposento en los bajos, y tres habitaciones aún más reducidas en el primer piso. A lo largo de la pared de entrada hemos establecido una pequeña barraca en la que el Hermano hace sus guisos y guarda las provisiones. Hablo de barraca como cocina, y otro tanto pudiera decir de las dos casas, juzgando por los materiales que han entrado en su construccion. Se engañaría quien creyese que se trabajan minas para proveerse de piedra en la montaña vecina. Los habitantes de Amasia han encontrado un medio más simple y expeditivo: ponen grandes vigas en el suelo, que son como el fundamento de la casa, y luego con algunos maderos atravesados, interponiendo tierra comun, tienen construidas las paredes. La mayor parte de las casas de la ciudad no consisten en otra cosa: los más ricos emplean á veces, es cierto, un poco de cal en las paredes, empero los materiales son los mismos. Respecto á ventanas, ó bien se las deja sin cerrar á fin de que el aire entre por ellas con la luz, ó bien hay rejas de madera sin cristales, ó con cristales que casi nunca llegan al armarzon por la parte de arriba. Las nuestras tienen esta forma; así es que por poco



Egipto. — Vista de Tantah, segun dibujo del P. Gallen. (Pág. 367).

1. Escuela del Gobierno. — 2. Iglesia greco-cismática. — 3. Gran mezquita. — 4. Mondirieh ó prefectura. — 5. Iglesia copto-cismática. — 6. Ferro-carril de Alejandria al Cairo.

que sople el viento, la brisa nos acaricia á su sabor, lo que si es bueno durante la primavera, en invierno es harto duro, pues carecemos de estufa y de chimenea.

Me preguntais cuáles son mis ocupaciones. A fin de satisfaceros y daros todos los detalles posibles acerca la Mision de Amasia, haré conocer dia por dia los hechos más culminantes que he notado á medida que se producian.

23 de Octubre. — Abrimos nuestras clases el 17, y ya la escuela protestante está desierta. Los católicos levantan la cabeza: antes eran menospreciados y no se atrevian á presentarse, y ahora dicen á voces por las calles: «¡Yo soy católico!» Los cismáticos se muestran solícitos para oír sermones. Esta mañana unos treinta hombres han venido á nuestra iglesia para asistir á la santa Misa y oír las instrucciones del P. Afker. Al salir de la iglesia le decian al predicador:

—Vosotros haceis como nuestros sacerdotes; celebrais la santa Misa y teneis el santísimo Sacramento. A lo menos entre vosotros no se advierte la frialdad que entre los protestantes.

1.º de Noviembre. — Algunos kurdos se han presentado al P. Rougier en Marsivan, pidiéndole Padres para abrir escuelas en sus respectivos pueblos.

—Estad bien seguro, le han dicho, que les tratarémos bien; les proveerémos de excelente pescado, y nada les faltará.

6 de Noviembre. — Asistencia de muchos cismáticos en la misa y el sermón. Uno de ellos ha dicho al salir:

—Padre, se abrigan todavía muchas prevenciones respecto á vosotros; mas viendo vuestros resultados y el trabajo que os tomáis por los niños, todo eso desaparecerá en breve.

13 de Noviembre. — Los PP. Olivier y Afker han ido á visitar varias familias de nuestros discípulos. Los padres están maravillados de la transformacion de sus hijos. Trabajan éstos mucho tiempo en casa, y por la mañana, así que apunta el dia, todos quieren partir para la escuela. Cierta niña decia á sus padres:

—Ahora hay una escuela en regla: antes sólo teníamos una clase por dia; mas entre los Padres son seis ó siete.

—Yo no sé cómo lo habeis hecho, decia el padre de otro niño; pero es lo cierto que nuestro hijo muestra decidida afición al estudio: en casa tiene constantemente un libro entre sus manos.

14 de Noviembre. — Hoy el Ilmo. Korkoruni, arzobispo católico de Malatia, ha pasado por Amasia dirigiéndose á Constantinopla, y se ha alojado en nuestra casa. Es un santo varón de 65 á 70 años, agobiado de achaques. No comprendemos cómo puede soportar las fatigas de un viaje tan penoso. Ha conversado familiarmente con nosotros hasta muy entrada la noche, y le hemos pedido que nos contase su historia. Héla ahí.

Empezó por ser profesor en Bzommar, seminario armenio cerca de Berito. Tras un penoso trabajo de todo el dia enseñando en la clase, encerrábase en su aposento por la noche, y traducía en armenio todas las obras de san Ligorio: ha compuesto además siete ú ocho libros. Para obtener este resultado acostumbrose á no dormir sino cuatro horas, y combatía el sueño poniendo un alfiler sobre su mesa debajo de la cabeza.

—Empero, nos decia, abusé con exceso de mi salud: este género de vida, que llevé durante más de treinta años, me hizo contraer una enfermedad de estómago y de pecho. Despues de haber sido mucho tiempo profesor envidié la suerte de las personas que viajan, y Dios atendió cumplidamente mis deseos. Algun tiempo antes del cisma de los kupelianistas, fui envenenado, y me hinché extraordinariamente. No supe que habia sido envenenado hasta transcurridos cuarenta dias de aquella hinchazon. Entonces acordéme de que los cismáticos me habian ofrecido café, y que luego la hinchazon se apoderó de mí. A poco vino el cisma; los partidarios de Kupelian invadieron la casa de Bzommar, me hartaron de golpes, y despues me encerraron en una prision, de la que logré escaparme.

Entonces empecé mi vida de viajes. He recorrido la Armenia en todos sentidos para impedir que se difundiera el error, mereciendo que Kupelian me denunciase al Gobierno como hombre hostil á los turcos, por lo que estuve á punto de ser encarcelado. Vestíme de militar, y merced á este disfraz pude refugiarme en Siria, en los montes del Líbano. Cuando se perdieron mis huellas volví á Armenia: salieron soldados en mi persecucion, y entonces me dirigí á Constantinopla. Descubierta en esta ciudad, tuve el tiempo preciso para embarcarme en un buque francés, y fui á Roma, desde donde vine por tercera vez á Armenia. El gobernador de Sivas expidió contra mí una orden de prision. Presentéme, pues, en Constantinopla, expuse mi situacion á varios embajadores de potencias extranjeras, y luego fui al Serrallo y pedí una audiencia al Sultan.

—Vuestra Majestad me hace perseguir como un malhechor, le dije, y no queriendo yo sufrir la vergüenza de ser arrestado por vuestros soldados, me he sustraído á todas las pesquisas. Mas he querido presentarme yo mismo ante Vuestra Majestad. Vedme aquí. ¿Qué motivos de queja teneis contra mí?

Sorprendido por mi atrevimiento, el Sultan examinó la cuestion, y reconociendo que habia sido engañado, dispuso se retirara el mandato de prision, y me permitió que visitase y consolase á los armenios católicos que carecian de pastor. Al momento me teneis en el centro de la Armenia, donde, despues de haber distribuido los auxilios de la Religion á las ovejas fieles, corro como el buen Pastor tras de las extraviadas. Preséntome en Malatia (Melitena), y levanto un altar y un púlpito al aire libre. Estas fatigas, semejantes á las de los primeros Apóstoles, han durado seis meses, y pasadas las escarchas del invierno tuve el consuelo de ver el árbol junto al cual ofrecia el santo Sacrificio, enteramente cubierto de magnificas flores. «¡Bendito seais, Señor, exclamé, que tan bellamente adornais el pobre altar que os he erigido!» Las catedrales de Europa pudieran envidiarme esta rica decoracion.

Al momento empezaron las conversiones y entré en la ciudad. Todos los dias iba en aumento mi rebaño, que se eleva ahora á 4,000 católicos. Hice construir una iglesia, y puse en la puerta una cruz de madera. Indignados los turcos, enviaron soldados para hacerla desaparecer. Dejé pasar la tormenta, y algun tiempo despues hice poner otra de hierro. Nueva conmocion entre la gente musulmana. Los soldados me obligaron á quitar-

la; pero despues la volví á poner, y allí continúa triunfante.»

El Ilmo. Korkoruni hacia poco que fué consagrado obispo cuando se reunió el concilio Vaticano. Tomó parte en él al lado del cardenal Donnet y del Ilmo. de la Tour d'Auvergne.

4 de Diciembre. — Al salir de la misa un armenio ha dicho al P. Afker:

—Damos gracias á Dios por haberos enviado, pues vais á civilizar á los pobres armenios. El egoismo y las divisiones nos han arruinado. Estos dos grandes defectos han hecho perder al pueblo armenio su rey, su monarquía y su idioma, y le han puesto durante muchos años á los piés del primero que se nos ha impuesto.

5 de Diciembre. — Nuestra escuela adquiere renombre en toda la ciudad. El número de nuestros discípulos se eleva actualmente á 90. La escuela de los protestantes está para siempre arruinada, y dentro poco tiempo habrá dejado de existir. Nuestros felices resultados han llamado la atención de los cismáticos, quienes comprenden, despues de haber visto caer las escuelas de los protestantes, que las suyas poco tardarán en sufrir la misma suerte. Además, como hacemos que los niños asistan á la misa todos los días sin exceptuar los domingos y festividades, han hecho venir nuevos profesores. A fuerza de solicitudes y amenazas han conseguido arrebatarlos unos veinte alumnos. Decían á los jefes de familia:

—No os darémos más socorros... vuestros hijos serán católicos por fuerza... ya no serán armenios.

Esta palabra armenios les vuelve fanáticos. Es su mayor defecto. Anteponen la nacionalidad á la religion.

—Mas estos nuevos maestros, nos dicen los padres de los niños que nos son fieles, tendrán la misma suerte que sus predecesores.

En efecto, ya algunos de los discípulos que se nos habian quitado, han vuelto pidiendo que los admitiéramos de nuevo, pero lo hemos rehusado resueltamente. Esto aleccionará el carácter voluble de los padres.

EGIPTO.

Relacion del P. Gallen, de las Misiones africanas de Lyon.



ARA la mayor parte de los europeos que visitan el Egipto ó que lo habitan, sólo hay dos ciudades en este país, el Cairo y Alejandría: los otros centros, desdeñosamente designados bajo el nombre de pueblos, no tienen el privilegio de fijar la atención. Sin duda estos pueblos, excepto los que poseen antiguas ruinas, poco interesan á los viajeros que recorren la tierra de los Faraones; pero para el cristiano, para el católico, que sobre todo y ante todo ve las almas, ¡cuán poderosos motivos de interés hay en todas esas localidades tan populosas y llenas de ruinas espirituales! ¡Cuántas almas se pierden en ellas! ¡Cuántos hermanos nuestros en cuya salvacion debemos trabajar!

Entre todas esas localidades, la más interesante sin duda es Tantah.

Situada á mitad del camino en la línea de Alejandría al Cairo, es el único punto que atrae las miradas del viajero. En el corazon mismo del Delta, á igual distancia de las dos ramas del Nilo, la de Roseta y la de Damietta,

Tantah se anuncia desde léjos, en la inmensa llanura, por los dos alminares y la cúpula de su grande mezquita. Sólo desde hace pocos años las dos torres de la iglesia griega cismática y las otras flechas enteramente nuevas de la iglesia cofta, levantan tambien la cruz frente á frente de la media luna de los alminares y proclaman que el Profeta no reina ya como dueño absoluto en esta comarca. (V. el grabado de la pág. 368).

Excepto estos monumentos religiosos, Tantah nada tiene que le distinga de tantos otros grandes pueblos egipcios. Construcciones de ladrillos en que domina el tinte gris, casas de uno ó dos pisos y con azotea, callejuelas estrechas, súcias y oscuras, bazares con sus pequeñas tiendas de dos metros cuadrados, á trechos alguna que otra casa de apariencia más conforme, una fachada blanca, ventanas pintadas, una calle á la europea, almacenes y cafés griegos, algunas fábricas para ciertas operaciones preliminares del algodón; tal es el aspecto general de Tantah.

Segun parece, existen ciertos proyectos de ensanche y embellecimiento, pero aquí estamos en Oriente, país en donde no tiene curso el valor del tiempo. Empezarán los trabajos mañana, *bukra*, es decir, dentro cinco, diez ó veinte años.

En los barrios musulmanes ó coftos la poblacion está apiñada y parece un hormiguero, una verdadera colmena de abejas, excepto el orden y la limpieza: así, si bien hay exageracion en afirmar, como las gentes del país, en que el número de habitantes asciende á 200,000, no es ninguna hipérbole oriental decir que se eleva por lo menos á 80,000, lo que no es poco para un pueblo.

Casi todos los indígenas son musulmanes: cuéntanse 3,000 coftos cismáticos próximamente, de 1,000 á 1,500 griegos cismáticos, de 350 á 400 griegos católicos, y de 250 á 300 entre maronitas y otros católicos orientales de diferentes ritos. Los europeos están en muy reducido número, y no hay más franceses que los misioneros y algunos empleados de paso. En resúmen, de 80,000 almas no llegan á 1,000 los católicos.

El bien que hay que hacer, pues, es inmenso.

Así los reverendos Padres de las Misiones africanas aceptaron con verdadero gozo este puesto que les confió la Santa Sede.

Al cabo de un año de nuestra llegada á Egipto estaba concluida la casa de Zagazig, punto en donde nos habiamos establecido, inauguradas las clases y abierta á los fieles la capilla, que es simplemente un aposento de la casa. Entonces fué cuando me enviaron á Tantah para que tratase de fundar un establecimiento semejante.

Careciendo de dinero para comprar un terreno, me ví en la precision de alquilar por un precio exorbitante (2,200 pesetas anuales) una casa poco á propósito para nuestras necesidades y situada fuera de la poblacion: fué imposible encontrar cosa mejor. Habiendo llegado de Europa algunos compañeros, se estrenó la escuela, y se dispuso un aposento para capilla de los fieles, así latinos como orientales, formando la nueva parroquia. Reducido y pobre era el santuario; pero en fin teniamos el santísimo Sacramento, no éramos solos en la lucha, y Satanás no era ya dueño de Tantah. Su Vencedor se habia dignado escoger allí un tabernáculo. Si como en tiempo de la huida á Egipto no habia sino una morada



Egipto. — Procesion de sacerdotes musulmanes de la mezquita de Tantah para la peregrinacion de Said-el-Badai. (Pág. 367).

Ayuntamiento de Madrid

P. FABRE DEL

CANE DI

humilde y miserable, sin embargo, no era menos que la residencia del Rey de los reyes.

Esta instalacion provisional podia bastar por algun tiempo; mas no respondia á las necesidades de nuestra obra, y nos ocupámos desde luego en la adquisicion de un terreno. Si tropezámos con no pocas dificultades para tomar en arriendo nuestra casa, no le fueron en zaga las que se nos opusieron para la adquisicion de un solar conveniente. Los terrenos más buenos y mejor situados para las construcciones, pertenecen á la mezquita, y son, como se dice aquí, bienes del Wacqf, esto es, bienes de fábrica, los que son inajenables. Se puede alquilarlos, y aún es permitido edificar en ellos, pero el terreno queda siempre propiedad de la mezquita. Nos hubiera convenido un largo arrendamiento; mas atendida nuestra calidad de sacerdotes y de cristianos se rechazaron todas nuestras demandas. Un jeque de la mezquita, dueño de una parcela bastante bien situada, hizo contestar á una proposicion de compra, que nada nos venderia aunque cubriésemos su jardin de guineas.

Molesto seria dar aquí cuenta de nuestras diligencias, de nuestros trabajos y desvelos durante tres largos años; Dios nos los tendrá en cuenta, como así lo esperamos. Hartos de disgustos, tuvimos que renunciar á una posicion central y contentarnos con un campo fuera de la poblacion. Mas la tierra cuesta oro en Egipto, y el metro cuadrado se paga en Tantah á 50, 60, 80 pesetas y aún más. Así es que tuvimos que destinar una suma importante para esta adquisicion absolutamente necesaria.

Y ahora, ¿de dónde nos vendrán los recursos para edificar? Aquí los materiales son muy costosos, pues el ladrillo, la cal y la madera vienen de Europa, lo mismo que el hierro, etc. Todo esto tiene doble valor que en Francia. No obstante el tiempo apremia. Podemos pasar aún año y medio en la casa que ocupamos actualmente. Si terminado este tiempo no tenemos un refugio, el precio de alquiler, que es hoy de 3,000 pesetas, se elevará á 5,000, como nos lo ha advertido ya su propietario, que es un sacerdote musulman.

¿Seria cosa de abandonar la obra comenzada? Los enemigos de Dios y del nombre cristiano ¿habrian de tener el gozo de vernos abandonar el puesto de honor al que nos llamó la voluntad divina? Como cristianos y como misioneros seria esta la más cruel de las desventuras.

Algunos se preguntarán tal vez por qué queremos una escuela, y por qué no nos contentamos con una capilla y una residencia. A estos debemos decirles que si es verdad que las escuelas son necesarias en todos los países de Mision, es esto exacto sobre toda ponderacion en Oriente. Las familias, sean musulmanas ó cristianas, quieren dar instruccion á sus niños, y nuestras escuelas son generalmente preferidas á causa del idioma. La escuela, por así decirlo, es el único medio ofrecido al misionero para echar alguna semilla de cristianismo en esas tiernas almas.

Es, pues, conveniente en sumo grado una escuela y una iglesia en esta ciudad musulmana y cismática. ¡Cuán duro es para nosotros oír á cada instante del día y de la noche la voz del almuédano resonar en lo alto de los orgullosos alminares de la mezquita! ¡Cuán duro es oír el domingo las campanas de los griegos y de los coftos, ver

sus elegantes flechas enlazando las cruces cismáticas con la media luna musulmana en una zumba comun respecto á los pobres latinos, que no tienen ni capilla, ni campana, ni cruz sobre sus casas!

Además de los obstáculos que le opone al misionero el fanatismo musulman, hay otros que les suscita la intolerancia de la incredulidad. El espíritu moderno sopla desde Europa sobre el Oriente por medio de los periódicos, los malos libros, los teatros y las logias masónicas. Esta última institucion, tan monstruosa y ridícula á la vez, cuenta gran número de adeptos entre los europeos y siríacos que pueblan el Egipto. Cierta domingo ví en Mansurah un pabellon blanco con insignias masónicas flotar encima de la logia. ¡Feliz Mansurah! Dícese que los masones hacen pocos prosélitos entre los musulmanes, y aún con frecuencia se reprocha á estos últimos el que no entren en el movimiento de «esta civilizacion y de este progreso indefinido,» hácia el que la francmasonería pretende guiar á la humanidad. Al contrario, muchos escritores y viajeros han hecho notar que los jóvenes musulmanes educados en París, al volver á su país natal eran más fanáticos, por lo menos exteriormente, que sus correligionarios.

Sin pretender, como algunos, explicar esto por la influencia de la «naturaleza semítica,» la de la familia ó el interés, nos limitaremos á decir que si estos jóvenes hubiesen vivido en Francia en un círculo verdaderamente cristiano, en vez de llevar una vida sin principios religiosos ó morales, apreciarian y amarian la verdadera civilizacion, que no tiene otra base sólida que el Cristianismo.

Sin embargo, el odio á Dios y á la religion no ha echado aún profundas raíces en este país. Como la fe de los orientales no molesta gran cosa, se comprende bien que no imiten á los europeos en su ateísmo. En efecto, lo que sobre todo incomoda á nuestros paganos modernos no es precisamente la fe, sino las obras que ella impone; y como en Oriente, en donde se tiene á cada paso en la boca el nombre de Dios: ¡Gloria á Dios! ¡Alabado sea Dios! ¡Si Dios quiere! ¡Consérveos Dios! etc., la fe es, como con toda propiedad la llama el Apóstol, una fe muerta, esa exuberancia de profesiones religiosas no impide el menor hurto, ni la más ligera picardía, ni nada, en fin, contra la moral y el prójimo. Así fácilmente se acomoda uno con ella: ¡obliga á tan poca cosa!

Otro enemigo del misionero católico, aquí como en todas partes, es el ministro protestante.

Si los discípulos se inclinan hácia las escuelas de los misioneros católicos, sádeles al paso el oro protestante, metal que, si es poderoso por do quiera, falta poco para que sea divinizado en el país donde fué adorado el becerro de oro.

La indiferencia de los orientales por la conversion de los musulmanes, es otro de los obstáculos, preciso es confesarlo, para la propagacion de la fe entre los sectarios de Mahoma.

Los católicos de estos países no saben comprender la hermosa mision que se les ofrece. Enteramente ocupados y preocupados en lo que les interesa, dejan enterrados los dos preciosos tesoros que sobre todo les falta á los misioneros europeos: una sana robustez y el conocimiento del árabe. Estos católicos han contraído el gran-

dísimo mérito de haber conservado la fe en medio de la invasión árabe y de los innumerables cismas que han desolado el Oriente; empero, con haber resistido al enemigo no se ha hecho todo; es preciso vencerle con el fuego de la palabra de Dios. Para esto son indispensables dos cosas: la ciencia y el celo. Los Padres Jesuitas, constantemente en la brecha en lo más fuerte de la lucha, mucho tiempo há que comprendieron la importancia de esta cuestión, y se han esforzado por establecer en todas partes seminarios orientales. ¡Ojalá su obra sea comprendida por los interesados, ó que por lo menos no les vengan obstáculos por parte de aquellos que debieran ser siempre sus amigos reconocidos y adictos!

Como se ve, las dificultades son grandes para el misionero en este país, y si juzgase las cosas de este mundo bajo el punto de vista humano, luego hubiera abandonado esta tierra ingrata, ó mejor este campo de zarzas y espinos para ir á cultivar en terreno más fértil. Pero bien sabe él que todos los hombres, áun los musulmanes, son llamados á recoger los frutos de la Redención, y por lo mismo permanece en el puesto que se ha dignado confiarle la divina Providencia.

Y además, ¿no parece acaso que Dios tenga designios de misericordia sobre estas comarcas infortunadas? ¿Es sin elevadas miras por ventura, que envía desde hace algunos años sobre todo tantos misioneros al Oriente? Desde Constantinopla á Mossul y desde el Eufrates al Nilo, encuéntranse á cada paso apóstoles de Cristo, estando allí representadas la mayor parte de las Congregaciones de hombres, mientras que las Religiosas completan la obra de los misioneros, y rehabilitan á la mujer, odiosamente envilecida por el Corán.

Si bien hasta ahora los esfuerzos de todos los operarios del Señor no han sido coronados por un éxito feliz, ¿no es de creer que preparan una era de renovación para aquellos pueblos desventurados? Puede muy bien esperarse así; y por nuestra parte no tememos añadir que tal es nuestra íntima convicción.

A las dificultades que el misionero encuentra en Oriente, se une en Tintah el fanatismo musulmán excitado por una causa especial. Esta ciudad es un lugar de peregrinación célebre no solamente en Egipto, si que también en las comarcas vecinas de Asia y Africa y hasta en Marruecos. No hay un devoto peregrino que al volver de la Meca no se detenga en Tintah para orar ante el sepulcro de Said-el-Badaui.

Este nombre es el de un jefe venerado de esta población, si bien no se está de acuerdo acerca los orígenes de este jeque y del culto que se le tributa.

Unos aseguran que Ahmed-el-Badaui era marroquí, que murió en Tintah, y que á causa de sus virtudes se le dedicó una mezquita sobre su tumba.

Otros refieren que el Said (bienaventurado) en cuestión no es otro que un caballero francés que renegó de la religión cristiana y se hizo musulmán, llegándose hasta á decir que perteneció á la célebre Orden de los Templarios.

El día de la fiesta de la natividad de Said-el-Badaui, el jefe principal revístese en la procesión con un manto de tela roja, que se dice ser el mismo del Said. Sabido es que tal era la parte principal del hábito de los Templarios. Además, se hacen figurar en esta ceremonia al-

gunas espadas, cascos, broqueles, etc., que los musulmanes tomaron á los cruzados en la batalla de Mansurah. Dicese también que el famoso Said vendió á los cristianos en cierta batalla, y hasta se pretende que la mezquita reemplaza á una capilla dedicada á san Antonio, y que el culto rendido á este Santo fué usurpado, como la capilla, por el Said. Tales son las distintas versiones que hemos recogido hasta ahora.

Tres veces al año celébranse fiestas en honor de este santo de nuevo cuño: á principios de Enero, en la aproximación de Pascua y en el mes de Julio, en la época de la crecida del Nilo. Una multitud inmensa acude á las ceremonias, que son al mismo tiempo importantes ferias, siendo especialmente extraordinaria la afluencia de peregrinos en el Muled del mes de Julio, ascendiendo su número, según los cálculos menos exagerados, á 800,000 ó 1.000,000. Interminables trenes de vagones llegan á cada instante con multitud de piadosos viajeros; otros acuden con toda su familia y domésticos trayendo provisiones para la duración de las fiestas. Por excepción las mujeres, que por lo común llevan el equipaje andando detrás de los hombres montados en caballos ó asnos, van esta vez sentadas en una especie de cofres que sirven al mismo tiempo de bancos, que se instala en los flancos de los camellos. La llegada de estas familias recuerda las escenas bíblicas tales como uno se las figura según los relatos del Antiguo Testamento. Mujeres y niños, encaramados en el lomo de los «vajeles del desierto,» y tarareando una especie de canto monótono cadenciado por el paso de la cabalgadura, velas y mástiles de tienda, utensilios de cocina, volatería y provisiones balanceándose á su alrededor; los hombres de la familia á pié, á caballo ó en asno, escoltando gravemente la caravana, tal es el espectáculo que se sucede sin interrupción por espacio de siete ú ocho días en todas las calles de Tintah.

A cada hilera de camellos precede una música compuesta de dos tambores ó cajas volantes y de tres ó cuatro gaitas. Las tocatas, variadas apenas, son interrumpidas de vez en cuando por una especie de grito gutural sumamente elevado que profieren juntas todas las mujeres. Este extraño grito es de rigor.

Una vez instaladas las familias y plantadas las tiendas, se ve al rededor de Tintah una segunda ciudad, ó más bien un campamento que triplica su extensión. Algunas de estas tiendas, las de los jefes de pueblo y de los ricos, son espléndidas; las he visto de 15,000 pesetas y más. Consisten en inmensas velas, en cuyo interior hay millares de pedacitos de tela de diferentes colores formando dibujos y arabescos: á menudo se ven versículos del Corán al rededor de la tienda á modo de cornisa.

Los jefes reciben muchas visitas en esos días de fiesta y hacen no pocos gastos, consumiéndose considerables cantidades de tabaco y café. Por la noche las arañas y faroles que adornan el interior producen una iluminación enteramente original.

En tales circunstancias tiene también lugar una singular ceremonia religiosa. Un jeque (sacerdote) se sitúa frente la entrada de una tienda y entona un cántico á veces bastante armonioso. Entre tanto fórmase á su alrededor un círculo de individuos, contándose en ocasiones 100, 150 ó 200 cabezas con turbante blanco, que se

agitan acompasadamente, primero á la derecha y luego á la izquierda, con la mayor lentitud, mientras que una nota baja gutural, saliendo de todos los pechos, desgarrar los oídos europeos que perciben aquella música salvaje.

Sólo profieren una palabra: *Allah* (Dios): *Al* á derecha, y *lab* á izquierda. Insensiblemente se acelera el movimiento; al cabo de una hora se mueven las cabezas con una rapidez vertiginosa, y repítense con tal ligereza las dos sílabas de Allah, que ya no se oye otra cosa que un sonido ronco que fácilmente se confunde con el grito de cierto animal á la verdad poco estimado de los musulmanes. Con harta frecuencia acontece que extenuados por este ejercicio, no menos religioso que musical, algunos de aquellos pobres diablos caen sin sentido, rígidos los miembros, los ojos fuera de sus órbitas y con la boca llena de espuma. Se les considera entonces como significados, y á no pocos he visto yo ser llevados á la mezquita en hombros de sus camaradas, mientras que los transeuntes tocaban la espuma para frotarse con ella la cara.

En las fiestas extraordinarias de Julio nos llamó la atención otra extravagante ceremonia. Como es entonces punto menos que imposible la circulación, nos constituimos prisioneros por toda la octava. Cierta día oímos bajo nuestras ventanas aullidos que dominaban el universal tumulto. Una turba de energúmenos pasaba á la sazón blandiendo enormes palos y sables enmohecidos, y gesticulando á cual más. Tras ellos 100 ó 150 individuos casi desnudos y haciendo mil contorsiones tiraban de un grueso cable, simulando que experimentaban dificultad suma en esta operación. Al extremo del cable, al que estaba sujeto por la cintura, un anciano de elevada estatura se dejaba gravemente arrastrar como una efigie. Esta mascarada tiene por objeto conmemorar un pretendido milagro del Said, quien libró á un su criado de la cárcel en que le tenían encerrado los cristianos y lo transportó por los aires hasta Tantah.

En los ocho días del Muled del mes de Enero los jeques y los discípulos de la mezquita hacen procesiones en la calle principal de la ciudad. Van primero cuatro camellos, cargando su corcova dos cajas volantes y un artista que descarga por turno, sobre una y otra, dos, tres, cuatro golpes á izquierda por uno á la derecha. Esta es una música nacional que se la encuentra á cada instante en las fiestas, los casamientos y la circuncisión. La gravedad de tales músicos, envanecidos del ruido que mueven, llama sobremanera la atención del público.

Respecto á los camellos, desaparecen bajo pesadas colgaduras, adornadas con exceso de espejuelos, conchas, franjas, banderas, etc. Siguenles los cantores pronunciando el nombre de Dios: «¡Allah!» en tono de bajo: cada nota dura de quince á veinte segundos. Al concluir la mitad del coro, el otro repite la misma palabra subiéndole de dos ó tres tonos. Luego se ven dos ó tres docenas de individuos formando círculos y teniendo en la mano una especie de pequeño tambor de tierra cubierto con piel. Nada más chocante que estos cortejos, cuya mitad adelanta á reculones, meneando la cabeza á compás y golpea una escudilla á cada inclinación. (V. el grabado de la pág. 368).

Luego los jeques, graves como Catones, se adelantan entre las filas por grupos de tres á cuatro, y tras ellos

los seminaristas de la mezquita, todos vestidos de blanco, se dan la mano en dos hileras y murmuran versículos del Corán. Es cosa de ver esos rostros pálidos sobre largos cuellos desnudos, con sus fisonomías de bobalicones.

Las dos hileras cantan por turno un versículo del Corán, bajando de un semitono á la final, lo que da á su oración la falsa semejanza de nuestros salmos cantados en coro. Los principales jeques, todos ricamente vestidos de sederías y cachemiras, terminan la procesión.

Entre los diferentes grupos se llevan multitud de banderas, magníficas la mayor parte. Algunas hay, más santas sin duda, que van arrolladas y sostenidas por dos hombres, uno que tiene la punta superior del asta y otro la inferior. Los piadosos fieles vienen á tocar esos pendones con las manos, y se pasan por la cara la virtud que de ellos sale.

En el gran Muled no se hacen estas procesiones religiosas; pero en el último día verificase una verdaderamente digna del triste santo que se venera en Tantah.

El jeque principal ó califa sale de la mezquita montado en un soberbio corcel blanco: cubre su cabeza un enorme gorro amarillo, que se dice perteneció al Said, y trae en los hombros el famoso manto rojo. Precédenle multitud de pobres petates y niños que representan á los cristianos vencidos. Estos infelices llevan las armas que se dice fueron tomadas á los cruzados en Mansurah. Otro grupo compuesto de gallardos jóvenes rodea al califa; van armados con palos y hacen como que defienden su gorro contra los «hijos de Noé,» que al parecer dirigen todos sus esfuerzos á arrebatarse el famoso bonete. Si esos personajes imaginarios se saliesen con la suya, no se pueden calcular las espantosas desdichas que caerían sobre los creyentes. No se sabe precisamente lo que se entiende por esos «hijos de Noé,» ni cuál es el origen de tan estúpida creencia.

Por lo demás, esta es poco más ó menos toda la parte religiosa de la función. Desde la mañana multitud de individuos con toda suerte de disfraces, desde los más caprichosos hasta los más feos, recorren las calles de la población. Todos montan caballo ó asno: unos traen el cuerpo pintado de rojo, azul, verde ó blanco, y otros ostentan corazas de hoja de lata y casquetes hechos con una sandía: vi uno todo cubierto de vejigas vacías é hinchadas de aire; otro salpicado con un polvo verdoso que le daba la apariencia de un cadáver; siendo innumerables los hombres vestidos de mujer y viceversa. Esto es escandaloso. Los niños de las mejores familias, á caballo ó conducidos por sus domésticos, toman parte en tan innoble mascarada; todo esto para honrar al Said y merecer sus bendiciones. ¡Pobre pueblo! Y sin embargo, en medio de tanta estupidez y de tales desórdenes; cuánta fe en la mayor parte! ¡qué devoción por el Said! ¿No sería posible ilustrar esta fe y dirigirla hácia el único objeto digno de ella?

El Gobierno actual tomó en el último Muled una sabia medida, prohibiendo la mayor parte de tan indignas mascaradas. A la autoridad civil fácil le será dar á un pueblo un exterior decente; pero sólo á la religión, á la única religión verdadera, le es dado cambiar las almas y los corazones.

Alejandría, 8 de Agosto.

Dos meses hace ya que tengo licencia para regresar á mi Europa, regreso que exige imperiosamente mi salud, y recibí la licencia antes del 11 de Junio, es decir, cuando en Alejandría empezó el degüello de los cristianos. Lo que sería el terror entre los del interior del país, pueden Vds. figurárselo. Los párrocos de Tantah, Berah, Zagazik, se marcharon con cuantos feligreses pudieron seguirles, de forma que en toda la línea de Alejandría al Cairo sólo quedámos cuatro Religiosas terciarias franciscanas y yo, para asistir á nuestro hermanos que no podían abandonar este país, por enfermedades y otras causas.

A fines de Junio vine aquí para concertar con el venerable Arzobispo los medios de salvar á los cristianos, á pesar de que se me aconsejaba por casi todo el mundo que hiciese uso de mi licencia y no volviese á mi parroquia, que es la que precisamente ocupa hoy Arabí. Prolongué mi licencia, y como era de mi deber corrí á mi parroquia, donde llegué sin obstáculo con la gracia de Dios.

Vivíamos muy intranquilos; las noticias graves se repetían por momentos, hasta que por fin el 17 de Julio, de mañana, las detonaciones de las bombas y ametralladoras nos anunciaron que Egipto iba á ser un campo de batalla. La confusion era indescriptible: á cada momento llegaban trenes de Alejandría atestados de musulmanes de aquella ciudad y otras, todos rabiosos, desesperados y ardiendo en deseos de vengarse.

Miles y miles de almas recorrian los pueblos y los campos pidiendo venganza de los cristianos, con cuya muerte decían que iban á ganar el paraíso de su torpe y mentido Profeta. Los gritos pasaron pronto á hechos.

Golpearonnos, encerráronnos en una estrecha prision, donde pasámos largas horas sin alimento, y por fin nos condenaron á muerte. El Mamur, ó sea el Gobernador, no queria dejarnos matar, pero tampoco tenia fuerzas para contener á la multitud, que á cada momento daba un asalto á la casa que nos servía de cárcel, determinando, por último, pegarla fuego.

Para salvarnos le ocurrió al Mamur un expediente. Empezó á hacer que se difundiera la voz de que á todos se nos había cortado la cabeza, y el populacho se fué retirando, aunque lentamente. Un copto vino á proporcionarnos algunos trajes, y aprovechándonos de la oscuridad de la noche nos retirámos á la casa de los Germanos por creerla más fuerte y menos expuesta que la nuestra. En todos los pueblos vecinos se seguía el degüello, y permanecimos el día 12 en los subterráneos, pero por la noche yo salí decidido á ir á Tantah, donde la persecucion era más fuerte.

Llegué, en efecto: ¡qué espectáculo! Más de algunos cientos de cristianos, unos muertos y otros cruelísimamente atormentados, llegando algunos, á merced de un disfraz, á Kafr-Zajat. En tanto se había ya difundido la noticia de nuestra muerte de tal modo que el párroco de Mensura, vestido de árabe, salió á dar sepultura cristiana á nuestros restos; pero fué conocido y perseguido, teniendo yo la suerte de encontrarle, y como le era imposible volver á Mansura, le llevé á esconderse á la casa de los Germanos, donde todavía se hallaban los otros cris-

tianos y las cuatro Religiosas. La mañana siguiente todos confesámos y recibimos la sagrada Eucaristía. Estábamos todavía dando gracias cuando, por haber llegado trenes de heridos de Alejandría, volvieron las carreras por las calles gritando: «¡Muerte á los cristianos!» Un hebreo, á quien descubrieron, fué perseguido con salvajes alaridos; pero corrió más y pudo refugiarse en casa del Mamur.

En uno de sus movimientos los *fellabs* descubrieron nuestro escondite y se arrojaron como lobos carnívoros á degollarnos. Por mi consejo escondímonos todos en un vapor de algodón, á excepcion de un francés y un copto, que saltaron por la ventana y que, cogidos en seguida, fueron en un instante despedazados y expuestos á orillas del Nilo. Los soldados eran los más furibundos, y entre ellos y el criado El Karin robaron toda la casa, y ya estaban á punto de ponerla fuego, cuando oí la voz del Mamur, y me resolví á salir de mi escondite solo, pidiendo proteccion siquiera para las Religiosas y señoras. El Mamur me respondió que no podía, porque antes era él que nosotros. Entonces me dirigí á un jefe de beduinos que se hallaba presente, y cuando la multitud se arrojaba para despedazarme, Mahomet Sadovy, que así se llamaba, me cubrió con su alba, y llamando á los suyos emprendió una lucha formal contra los *fellabs*, á quienes obligó á cederle el campo.

Después de esto nos llevaron los beduinos á la prision donde habíamos estado, hasta que por la tarde se me presentó Mohamet y me dijo que podíamos partir con seguridad. Nada deseábamos más; pero ¿partir ¿para dónde? ¿para Alejandría? Parecía imposible por la guerra. ¿Para el interior? Es seguro que en la primera estacion encontraríamos la muerte. Dije, pues, al beduino:

—Hoy has sido tú nuestro salvador. Consuma tu obra; llévanos contigo al desierto.

Pero como he de ser largo, dejo la relacion de mi vuelta á esta ciudad para mi próxima carta.

Entre tanto, concluiré diciendo que he perdido todo cuanto poseía; que tengo aquí recogidos á muchos de mis feligreses, sin que yo ni mis hermanos tengamos recursos para ellos, y que en el convento de los Padres de Santa Catalina de ésta, gracias al Señor, no han tenido desgracias, á pesar de haber caído cuatro bombas en el convento cuando el bombardeo de los ingleses.

NUEVA-CALEDONIA.

Extractos de una carta del P. Plonmier, párroco de Numea.

En la mañana del 10 de Agosto, fiesta de san Lorenzo, el Ilmo. Fraysse, vicario apostólico de la Nueva-Caledonia, partió de Numea en un modesto vehículo, y salvó sin muchas dificultades los diez kilómetros que separan á Numea de la Concepcion. El auriga era un indígena de la isla de los Pinos y poco acostumbrado todavía á su servicio: así es que Su Ilustrísima tenia que acudir á todo, y á menudo dirigia al caballo y al cochero. Finalmente, después de haber cruzado el Puente de los Franceses llegámos á la entrada de la pequeña bahía de la Concepcion: desde el camino divisámos el bosque de grandes cocoteros que dan sombra á las cabañas de los indígenas: la casa del Padre, cubierta con paja, aparecía en medio de un bello bosque

de naranjos, limoneros y adelfas sobre el ribazo que ella corona. Estoy seguro que no habréis olvidado este hermosísimo paisaje; mas hoy día, en lugar de la antigua capilla de paja que visteis, se levanta una magnífica iglesia, sobre la que se destaca un majestuoso campanario: en el interior una tribuna con escalera de caracol, y una bóveda romana sostenida por doble hilera de soberbias columnas de madera cortadas en el bosque de San Luis, nos hacen experimentar favorables impresiones. Frente de la iglesia las Hermanas de san José de Cluny tienen su casa, grande y bien dispuesta, con una galería en forma de arco de bóveda, descansando sobre dos columnas y abriéndose graciosamente por ambos lados en los bajos y el primer piso. En ella van á establecer un pensionado para las doncellas.

A nuestra llegada la primera campana de la iglesia se echa á vuelo para saludar á Su Ilustrísima: involuntariamente, cuando se oyen las notas melodiosas de la campana por estos profundos valles, acude á la mente el recuerdo de los tiempos, por cierto no muy distantes, en que sólo gritos feroces hacían resonar estas vastas soledades.

Llegamos por fin al extremo de la avenida que conduce á la iglesia: el coche episcopal se detiene al pié de un arco de triunfo adornado con follaje y tapices de vivos colores, y en cuyo remate destácase el blason del Ilmo. Frayse: la vía está alfombrada de flores y una doble hilera de *niaulis* indican el curso que ha de seguir la procesion y lo embalsaman con sus suaves perfumes. El Pontífice desciende del carruaje, se arrodilla en un reclinatorio y besa el crucifijo que le presenta el P. Thomassin; luego se levanta y dirígese á la iglesia, precedido de toda la tribu vestida de fiesta y cantando el *Benedictus*. A su llegada bajo el pórtico del templo, S. I. fué felicitado por dicho Padre rodeado de sus neófitos.

Conmovía el alma ver á los viejos caledonianos fijar la mirada en su Obispo, y probando con sus lágrimas que era verdad todo lo que le decía el Padre. ¡Oh! ¡cuán bellas eran aquellas lágrimas en sus rostros de bronce que el Cristianismo ha transfigurado!

Terminada la funcion religiosa, entrámos en la humilde casa del P. Thomassin, á donde nos siguieron solícitos nuestros queridos indígenas para atestiguar al Prelado su adhesion y afecto. Un jóven, educado en San Luis, expresa, en nombre de todos, sus sentimientos de gozo, de respeto y amor. Apenas habia concluido de hablar el jóven Ciriaco (este es su nombre), cuando los ancianos á su vez quisieron dar muestras de elocuencia en su lengua materna. Damiané, generoso confesor de la fe, fué quien, con lágrimas en los ojos, vino á cumplimentar á S. I. y á ofrecerle algunas azagayas y rompecabezas de lujo: á su lado un jóven traía un cesto de flores. «¡Un cesto de flores! dije para mí; esto es extraordinario: los naturales de aquí son generalmente más prácticos en sus presentes.» Mas luego tuve la explicacion del misterio: este canastillo, puesto en mis manos, las hizo ceder bajo un peso que revelaba otra cosa que flores: levanté una rosa... ¡oh maravilla! tales rosas ocultaban frutos, es decir una gruesa suma de dinero, ofrenda espontánea de nuestros neófitos á su Padre: cada uno habia querido contribuir á ella con su óbolo, y la cifra total de esta generosa limosna del pobre se elevaba á 200 pesetas.

Otros corazones esperaban ansiosos la llegada de su Obispo, y fué preciso dar á San Luis plena y completa satisfaccion.

Ya el carruaje estaba dispuesto y nuestro caballo (que se llama *Leon*) erguia la cabeza, pronto á andar con rapidez los cinco kilómetros, cuando se suscitó una viva discusion entre el P. Thomassin y los indígenas.

—¿Crees tú, decía el jefe en nombre de todos, crees tú que vamos á dejar partir de este modo á nuestro Obispo, y que seguiremos tras su carruaje? Sin duda tiene un hermoso corcel para conducirlo; pero puesto que estamos aquí, no será su caballo quien lo arrastre, sino nuestros brazos.

Fué precisa toda la autoridad del Padre para impedir que diesen libertad á *Leon* y se instalasen en su lugar. De buen ó mal grado tuvieron que contentarse con escoltar simplemente á su Prelado. *Leon* pagó bien caro el honor que se le envidiaba, pues fuerza le fué moderar su ardor y andar al paso corto: á trechos encontramos en el camino grupos de indígenas que venían á engrosar la escolta: á su vez amenazaban con quitar al caballo del tiro, y fué preciso tambien parlamentar con ellos.

En torno del Prelado y de los siete misioneros que le acompañaban iban cerca de seiscientas personas con un recogimiento y gozo cuyos impulsos sólo eran contenidos por el respeto. Puede decirse que toda la Caledonia se habia dado cita general para saludar al sucesor de los Ilmos. Douarre y Vitte.

La fiesta religiosa estaba terminada; mas en el exterior, en la azotea, que los niños habian engalanado con todas las más curiosas maravillas que la vegetacion produce en los bosques y en los flancos de las montañas, nos esperaba una sorpresa. Frente la escalera principal se encontraban reunidos las escuelas y todo el pueblo al rededor de una mesa cubierta con blancos manteles y encima una colmena de abejas, de verdaderas abejas, y vivas, retenidas por una ligera gasa: encima de la colmena habia siete velas de cera del país. A los piés de la mesa vimos un enorme pez, traído expresamente para dar al tradicional presente de batatas y *taros* algo de más distinguido y completo. Uno de los discipulos mayores de la escuela se adelanta y dirige su felicitacion: los pensamientos, el estilo, todo era del pobre negro: comprendíase que sólo hablaba el corazon y sin rodeos, y le escuchámos con vivísimo placer. Ejecutaron luego juntos un trozo de canto, y los ancianos ofrecieron á S. I. las más bellas batatas de la estacion...

JAPON.

El archipiélago de Amacusa está situado al Sur de la isla Kiuchiu, á la entrada de un golfo al que da su nombre. Compónese de un gran número de pequeñas islas, la mayor parte habitadas. En otro tiempo formaban un principado dependiente del Higo; hoy corresponde al Ken (departamento) de Cumamoto.

Los hombres le dieron el bello nombre de Césped, planta del cielo, y Dios parece haberlo ratificado; pues muy pronto la palabra divina, como bienhechor rocío, vino á fecundar esta tierra y salpicar de flores ese tapiz de verdura que su omnipotencia sacó de las profundidades del Océano. El año 1570 predicó allí la fe el P. Torres, á instancias del príncipe de Amacusa, y los felices resultados que obtuvo su palabra suscitaron contra él y contra el príncipe su protector una violenta tempestad, que sólo cesó merced á la intervencion del daimio de Bungo, de quien dependia entonces la provincia de Higo. Pasada la tormenta los misioneros continuaron en Amacusa sus pacíficas conqui-

tas, y el archipiélago contó en breve casi tantos cristianos como habitantes.

Al desatarse la tempestad que devastó y aniquiló por dos siglos la Iglesia del Japon, ciertamente no fué exceptuada Amacusa, y esta cristiandad tuvo sus confesores y sus mártires. Despues estalló la rebelion de Chimabara, y los habitantes del archipiélago, oprimidos por el tirano que les gobernaba, hicieron causa comun con los cristianos de Chimabara, y compartieron su desdichada suerte. Desde aquella época el Cristianismo pareció haber desaparecido de estas islas, en donde despidió tan vivos resplandores.

Cuando la resurreccion de la Iglesia del Japon en 1865 nada se omitió para encontrar en Amacusa, como en otras partes, lo que tras dos siglos de persecucion quedaba de las antiguas cristiandades. Pero, menos venturoso que las comarcas vecinas, los esfuerzos que se hicieron desde luego para volver al redil las ovejas que se sabia estaban dispersas en aquel país, casi no dieron resultado alguno. Una nueva persecucion tardó muy poco en dificultar todas las investigaciones y hacerlas inútiles. Por fin, habiéndose restablecido la paz en su Mision en 1873, el Ilmo. Petitjean, que no habia olvidado á Amacusa y sus cristianos, pudo enviar algunos catequistas á aquellas islas.

No era fácil esta empresa, pues el temor retenia y retiene aún á los descendientes de los fieles de Amacusa. Sin embargo, el celo y la constancia de los catequistas triunfaron paulatinamente de los principales obstáculos y consiguieron formar un núcleo de fervientes neófitos. Desde hace poco más de un año un misionero ha podido tomar la direccion de esta cristiandad naciente, y en el primer relato que dirige á su Vicario apostólico tiene el consuelo de ofrecer no solamente esperanzas, si que tambien y sobre todo buenos resultados. Los lectores de las *Misiones católicas* leerán con interés los detalles de ese principio de retorno á la vida de una cristiandad que fué en otro tiempo floreciente y que será para siempre célebre por sus desdichas.

Carta del Rdo. Bonne, de las Misiones Extranjeras de Paris.



MACUSA comprende dos islas, llamada la una Cami-Amacusa y la otra Chimo-Amacusa. En la parte Sudoeste de esta última encuéntrase una pequeña cristiandad, y los pueblos de Oyé, Sachinots é Imatome forman las tres estaciones que la componen. Tiene unas 30 leguas de circunferencia, y su longitud aproximativa es de 10 leguas. Bien que cruzada en todas direcciones por montañas que no tienen, sin embargo, por lo comun considerable altura, estas islas cuentan, segun cálculos, de 180 á 200,000 habitantes.

Amacusa estuvo en otro tiempo en relaciones con Nagasaki, mas hoy día, por causas á las que sin duda no es extraño el comercio, estas relaciones van siendo cada vez más raras. Por razon de la proximidad y facilidad de las comunicaciones, Higo en efecto es preferida á Amacusa. Las ciudades más considerables son: al Este, Hondo, capital de la isla y residencia del Guntcho (subprefecto); Tanicoca, al Norte, con un puesto de policia; Uchibuca, al Sur, etc.

Los informes que se me han comunicado prueban que aún habitan allí descendientes de cristianos: sin embargo, es difícil darse cuenta de su número y resolver esta cuestion de descendencia. Las noticias no son precisas, y los interesados contestan casi invariablemente: «Nada sé.» Espero que con el tiempo lograremos ponernos en disposicion de relacionarnos con ellos y disipar sus temores.

Tras estos preliminares, lleigo al punto de que deseo ponerlos al corriente. Y desde luego, el primer pensamiento que se me ofrece es el de reconocimiento al Autor de todo bien, por la proteccion que se ha dignado conceder á esta cristiandad en el año transcurrido. Esta es la primera vez, en efecto, que los neófitos de Amacusa han pasado un periodo de doce meses sin haber sufrido

vejaciones por causa de su religion. La sangre de la divina Víctima, que desde muchísimos años no habia sido ofrecida de una manera tan continua en esta antigua tierra cristiana, ha contribuido sin duda á devolverle la paz.

Sea como fuere, esta cristiandad se ha aprovechado de ella para extenderse y consolidarse. El número de neófitos se ha aumentado con 128, formando ahora una poblacion cristiana de 375 almas: poco es ciertamente en comparacion de lo que falta que hacer, pero este poco es un buen presagio para el porvenir y da nuevo esfuerzo. Efectivamente, además de las ovejas fieles, hay muchas otras á quienes el miedo ó el amor propio tienen apartados del divino redil. Digo el miedo, porque aunque desde el año último la policia y las autoridades locales no hayan hecho cosa alguna abiertamente contra nosotros, es averiguado que algunos personajes influyentes de ciertas localidades se esfuerzan por contrariar el progreso de las conversiones. Con todo, tengo la satisfaccion de consignar que este temor tiende de día en día á desaparecer.

La cuestion de los enterramientos, felizmente decidida, segun me parece, á favor de los cristianos, que pueden ahora sepultar sus muertos sin ser inquietados por las autoridades, contribuye por mucho á hacer renacer la confianza. Así en un próximo porvenir podrá hacerse el bien en mayor escala. Para determinar definitivamente á aquellos que, deseosos de venir con nosotros, no esperan sino un llamamiento, y á fin de sostener el valor de los que dos años há perseveran en la fe, convendria construir una iglesia.

Empero en las circunstancias presentes, vista la pobreza de nuestros cristianos, es imposible reunir entre ellos los recursos suficientes para edificar siquiera la más modesta capilla. Buena parte de estas familias, que se nos han unido de dos ó tres años á esta parte, y que perseveran en la práctica de la fe á pesar de todas las vejaciones, están sumidas en la más espantosa miseria.

El movimiento de conversiones, aunque lento todavía, tiende á manifestarse cada vez más, merced á las buenas relaciones que existen entre nuestros neófitos y los paganos. Estos últimos aceptan, y con frecuencia hasta lo piden, el arbitraje de los cristianos para dirimir sus contiendas. Y una religion que predica é inspira el perdon de las injurias hace impresion en aquellos que se toman el trabajo de examinar las cosas seriamente. Así, recientemente un cristiano, perjudicado en sus derechos por un jóven pagano, venia de dar queja á la policia, cuando se le sugirió que perdonase pura y simplemente por honor de la Religion. Apenas hubo cumplido este acto de generosidad, el padre y toda la familia de aquel jóven, conmovidos por tal ejemplo, resolvieron abrazar el Catolicismo.

En una palabra, los cristianos de Amacusa son apreciados y reconocidos por amigos de la paz. El jefe pagano del pueblo de Oyé, en donde tenemos quince familias bautizadas, ha manifestado repetidas veces su deseo de que toda la poblacion se hiciese cristiana. «Mi trabajo, dice, seria entonces mucho más fácil y gustoso.» Este funcionario, instruido en las principales verdades, se nos muestra muy simpático. El pueblo comprende 800 familias, casi todas cristianas de origen.

El alcalde de Sachinots tambien desearia mucho ver

construir una iglesia en su demarcacion, y aun, segun se dice, ofreció un terreno. Este sujeto, de notable inteligencia, parece asimismo de corazon recto. Su pueblo contiene unas 400 familias, casi todas igualmente de origen cristiano, y sólo viven de los productos de la pesca. Sachinots tiene mala reputacion en la opinion pública, y por cierto no la desmerece. Así es que considero una verdadera maravilla de la Providencia el que 54 de sus familias hayan entrado ya en el redil del buen Pastor.

Entre ellas he advertido algunas que, por su constancia y sus costumbres profundamente cristianas, harian creer á cualquiera que su conversion data por lo menos de quince años. Las mujeres sobre todo son sumamente asíduas en instruirse, y respecto á los hombres, obligados á trabajar fuera del pueblo para procurarse la subsistencia, tienen menos tiempo para consagrarse á su instruccion.

La visita de estas tres estaciones la hago regularmente casi todos los meses ó cada seis semanas; pero, muy á mi pesar, Nuestro Señor no posee aún en parte alguna la más pequeña casa. La instalacion del misionero queda tambien reservada para lo futuro; cosa natural, pues el servidor no ha de ser mejor tratado que su Dueño.

Los pueblos de los alrededores manifiestan tambien intencion de acercársenos. Varias veces han venido á llamarme para asistir á enfermos que deseaban morir bautizados. Sin embargo, acaece con frecuencia que las familias que consienten entonces en recibir al misionero sólo lo hacen á favor de las tinieblas de la noche, pues todavia tienen miedo.

Antes de terminar este relato cábeme la satisfaccion de comunicaros un dato que me colma de consuelo: tal es la concordia y el espíritu de caridad que reinan en esta nueva cristiandad. Se ayudan y socorren mutuamente, y con frecuencia tambien se exhortan á dar buen ejemplo á fin de atraer al Cristianismo á aquellos que no han tomado lugar aún en las filas de nuestra Iglesia del Japon. Mientras doy bumildes acciones de gracias á Nuestro Señor, que se ha dignado conceder una parte de su espíritu de caridad á esta cristiandad naciente, creo de mi deber proclamar que este feliz estado de cosas es debido en parte al trabajo y los buenos ejemplos de los catequistas ambulantes de uno y otro sexo, que se consagran á la instruccion de sus hermanos en la fe. Estas almas llenas de abnegacion me han edificado más de una vez. Así no es extraño que sean apreciadas y queridas en todos los pueblos. Espero, pues, merced á su concurso, que la cristiandad de Amacusa progresará y se fortalecerá en la fe.

CRÓNICA.

Roma.—Entre los nombramientos y preconizaciones episcopales hechas en un reciente consistorio, encontramos las siguientes que interesan á las Misiones:

El Ilmo. Plácido Ralli, prelado doméstico y protonotario apostólico, ha sido nombrado patriarca latino de Antioquía (Siria).

El Ilmo. Edmundo Knight, obispo titular de Coryce, ha sido nombrado obispo de Srewsbury (Inglaterra).

El Rdo. P. Roberto Coffin, provincial de la Congrega-

cion del santísimo Redentor, ha sido nombrado obispo de Suthwark (Inglaterra).

El Ilmo. Virtue, prelado doméstico, ha sido nombrado obispo de la Sede nuevamente erigida de Porthsmuth (Inglaterra).

El Rdo. Agustin Egger, canónigo, decano y vicario capitular de Saint-Gall (Suiza), ha sido nombrado obispo de esta diócesis.

El Rdo. José Colgan ha sido nombrado obispo titular de Aureliópolis y vicario apostólico de Madras (Indostan).

Inglaterra.—El primer titular de la nueva diócesis de Porthsmuth, Ilmo. Juan Virtue, capellan castrense inglés, nació en Londres el 28 de Abril de 1826. Al concluir sus estudios en el colegio inglés de Roma fué ordenado sacerdote por el cardenal Patrizzi el 20 de Diciembre de 1851. Secretario del Nuncio apostólico en los Estados-Unidos, fué elevado á la prelatura romana en recompensa de los servicios que prestó en este puesto. De regreso á su patria fué nombrado limosnero del campamento de Alershot, cuyas funciones desempeñó durante veintiseis años. El 2 de Febrero de 1865 fué citado en la órden del dia «por su conducta distinguida y meritoria durante la epidemia de la fiebre amarilla en las Bermudas el año precedente.» La consagracion del Prelado fijóse para el 25 de Julio próximo pasado.

Bulgaria.—El P. C. Chaullans, resurreccionista, misionero de Andrinópolis, escribe con fecha de 6 de Junio:

«Recientemente hemos celebrado con extraordinaria pompa la fiesta de los santos Cirilo y Metodio. La solemnidad empezó por los divinos Oficios en nuestra capilla oriental de Andrinópolis, erigida bajo la advocacion de estos dos Santos patronos de los eslavos. El canto litúrgico de esta nacion, tan imponente, fué verdaderamente majestuoso durante la misa, compuesta á cuatro voces por el superior de la Mision, Rmo. P. Tomás Brzeska, y muy bien ejecutada por los jóvenes de la escuela bajo la direccion del P. Szymanowski. Un considerable número de búlgaros católicos asistieron á esta ceremonia.

«Al Evangelio el P. Lucas Wronowski dirigió la palabra al pueblo: el orador hizo notar la particularidad de que el culto de los dos Apóstoles eslavos, olvidados entre los búlgaros despues del cisma, no se restableció hasta que una parte de la nacion volvió sus ojos á la santa Iglesia católica. Apenas, pues, hace unos veinte años que los búlgaros celebran el 11 de Mayo y consideran este dia no sólo como una fiesta de la Iglesia, sí que además como una fiesta nacional.

«Concluidos los Oficios, se celebró una procesion con la imágen de los dos Santos hermanos por el patio del establecimiento, en la que tomaron parte varios sacerdotes del rito búlgaro con sus espléndidos ornamentos orientales; penetróse en la escuela, y allí tuvo lugar la bendicion del agua ante un altar adornado de flores y verdor. El P. Wronowski explicó el sentido moral de la tradicional costumbre de bendecir el agua el dia de los santos Cirilo y Metodio, diciendo que la ciencia responde á su verdadero objeto y conduce á la verdadera luz sólo cuando se apoya en la única verdadera religion.

«Terminada la ceremonia religiosa, los discípulos del establecimiento se presentaron ante el Superior, cantaron el *Mnogaia leta* (luengos años), y la música hizo oír la alegre marcha búlgara. Luego vino el seminario compuesto de trece jóvenes clérigos, y seguian los miembros de la Cofradía de la santísima Virgen, los de la Sociedad formada bajo el patrocinio de los santos Cirilo y Metodio, y por último los primeros discípulos de cada una de las clases. Todos leyeron mensajes y poesias. El P. Brzeska tuvo para cada uno

palabras afectuosas. Les manifestó su gozo por ver en ellos la representación de la Iglesia entera; el estado eclesiástico, en el Seminario y la Cofradía; los laicos celosos por los intereses de la Iglesia, en la Sociedad de los santos Cirilo y Metodio, y el conjunto de la Iglesia, figurado por el resto de los discípulos. Estas cordiales palabras del Superior y su bendición promovieron de nuevo el canto de *Mnogaia leta*, y la música empezó á tocar piezas escogidas.

«El Superior se entretuvo luego con los visitantes, y entre otras cosas habló del hecho consolador de la conversión del resto de los habitantes del pueblo de Pocrovan, á diez leguas de Andrinópolis. Entre los huéspedes contábase un sacerdote armenio, no católico, de más de cien años de edad y que apenas puede andar. Fué atraído por la solemnidad, pues comprendió que encontraría allí á varios discípulos de sus compatriotas.

«En otro tiempo el obispo hereje armenio prohibió á sus correligionarios que enviasen sus niños á nuestra escuela, y áun llegó á amenazarlos con la excomunión; empero los armenios no hicieron gran caso de esta amenaza, pues generalmente la confusión de las sectas es tal que sus llamadas iglesias son gobernadas no por el obispo, sino por laicos. Como la escuela de los Padres en Andrinópolis es la mejor, los armenios envían á ella sus hijos para aprender el francés y el búlgaro, sin preocuparse de que más de un discípulo armenio, al mismo tiempo que estudia las ciencias profanas, se penetra de otra ciencia más elevada, la de la verdadera Religión, y se convierte en hijo fiel de la Iglesia católica.

«Al fin de la comida el Padre Superior recordó á sus huéspedes el agradecimiento que debían á Su Santidad el papa Leon XIII por su afecto á la Unión búlgara, y luego brindó por el obispo búlgaro Ilmo. Nil, actualmente en Macedonia, y por todos los bienhechores de la Misión.

«Vivamente sentimos que la falta de medios nos obligue á rehusar un gran número de niños pobres que piden entrar en nuestra escuela. Muchos de nuestros antiguos discípulos ocupan ya empleos importantes en Rumelia y Bulgaria, y se manifiestan agradecidos por los beneficios que recibieron de la Misión. ¡Ojalá alcancen sus oraciones las gracias del Señor sobre todos nuestros bienhechores!»

Japon.—El Rdo. Sauret, misionero del Japon meridional, escribe lo siguiente al director del Seminario de Clermont:

«Llegado á la provincia de Tehicugo, nada había preparado para mi residencia, y así debía celebrar misa en un sitio, comer en otro, dormir en un tercero muy distante de los otros dos. Además, érame preciso recibir á cada instante la visita de los oficiales japoneses que trataban de hacerme partir. En fin, mis cristianos construyeron una modesta capilla, y el día de Corpus pude celebrar en ella por primera vez.

«Desde entonces Dios ha derramado sus bendiciones sobre mi distrito, cuyo aspecto ha cambiado mucho. El Ilmo. Petitjean ha confirmado á 586 de mis cristianos: el número de neófitos es de 1,210.

«He estado gravemente indispuerto á consecuencia de los insoportables calores de verano. Mi Prelado me ordenó un mes de reposo en Nagasaki, y el 29 de Setiembre me encontraba suficientemente restablecido para volver á mi puesto. Durante mi ausencia los paganos se habían amotinado contra los cristianos; pero á petición mia el *Guncho* (sub-prefecto) del país, que es mi mejor amigo, ha hecho entrar en razón á los primeros. Poco despues de mi regreso, estalló una violenta epidemia de cólera, disenteria y fiebre perniciosas; y como el médico de la localidad es una nulidad completa tuve yo que reemplazarle, cuidando de los cuerpos al mismo tiempo que de las almas. Para el cólera no había remedio que valiese, y en cuatro ó cinco horas

todo estaba concluido; mas para las disenterias y fiebres perniciosas era más afortunado. Esta epidemia ha acabado por captarme toda la estima de mis cristianos.

«Vamos á construir en Imamura una escuela para las mujeres catequistas y para las niñas, y cuando cuente con un maestro cristiano construiremos otra para niños. Justamente acabo de convertir un jóven pagano muy instruido. Este neófito ha ido á Osaka para disponerse á recibir el correspondiente título. Había tenido en sus manos un libro protestante que no podía comprender, y vino á encontrarme para que le diese algunas explicaciones. Preguntóme si se necesitaba mucho tiempo para conocer la religion cristiana, á lo que respondí:

«—No tal, si sólo se busca la verdad; pero muy al revés si en este estudio sólo se busca el ornato de la inteligencia ó la satisfacción del amor propio.

«—Yo únicamente deseo poseer la verdad y enseñarla á los otros. Sé que no se encuentra en el budhismo, pero ¿dónde, pues?»

«Dios no podía dejar de iluminar un alma tan bien dispuesta.

«El Ilmo. Petitjean, temiendo que la epidemia me haya hecho sufrir, acaba de llamarme á Nagasaki por algunos días. He visto en esta ciudad al Ilmo. Ridel. El heróico Vicario apostólico de la Corea se halla en estado desesperado: hace un mes tuvo un ataque de apoplejía, y tiene aún la mitad del cuerpo paralítico. Despues de haber pasado unos seis meses en las cárceles de Corea, ahora no puede moverse de la cama ó de la silla.

«Volviendo á mi Misión, debo decir que la posición del misionero de Tehicugo ha cambiado mucho en un año. Antes era una vergüenza ser cristiano: ahora los hombres más distinguidos del país comienzan á tenernos en buen concepto, y muchos han venido á visitarme. Los paganos están animados de buenas disposiciones, y quedan muy satisfechos cuando pueden conversar un instante conmigo.

«A menudo pienso en Bungo. Esta provincia, evangelizada por san Francisco Javier, dista sólo cuatro ó cinco leguas de mi residencia, pero los habitantes no piensan todavía en convertirse. La he hecho recorrer en todas direcciones por mis catequistas; y por confesion de los paganos hay en el país muchos descendientes de los antiguos cristianos, pero se obstinan en su error. El momento de la gracia no ha llegado todavía. ¡Oh! ¡cuál fuera mi contento si antes de morir pudiese celebrar la santa misa en esta provincia en que san Francisco Javier hizo tantos prodigios y bautizó á tantos japoneses!»

Africa central.—El P. Juan Losi, superior interino del vicariato del Africa central, escribe desde El-Obeid el 22 de Abril último:

«A pesar de nuestro escaso número y de la muerte de nuestro venerado jefe el Ilmo. Comboni, continuamos sin desalentarnos nuestro difícil apostolado. Sabiendo cuánto os interesan los trabajos que aquí llevamos á cabo, me permito ofreceros un relato de las fiestas de Pascua en la capital del Kordofan; por él veréis que nuestras ceremonias religiosas, no por ser menos espléndidas que en vuestras catedrales de Europa, dejan de ser muy interesantes.

«Los días que precedieron á la solemnidad pascual resonaron en toda la ciudad redobles de tambor y continuos llamamientos á las armas. Alistábanse soldados para hacer la guerra á un fanático derviche que logró reunir muchos partidarios atribuyéndose una misión divina. «Debo, dice, volver el Islamismo á su fervor primitivo, y aniquilar todas las religiones rivales, especialmente el Cristianismo.» Repetidas veces había batido las tropas del Gobierno, y quería ahora librar una batalla decisiva, apoderarse de su persona y poner fin á su peligrosa propaganda. El nuevo

Mesías se ha retirado á una de las montañas del Djebel-Nuba, llamada Gadir; y desde allí prepárase á la lucha y mantiene el entusiasmo de sus prosélitos. Muchos están convencidos del éxito de sus tentativas: un *mufti* (teólogo musulmán) que me visitó recientemente, hablómeme de su próximo triunfo en términos que no admitían réplica, y me preguntó en donde pensábamos refugiarnos para salvar nuestra vida. Por mi parte creo que el impostor será derrotado, y que irá á otra parte á jugar su papel y reclutar partidarios.

«Durante todos estos preparativos belicosos, nosotros disponíamos á gran número de catecúmenos para la primera Comunión y para la Confirmación. El domingo de Ramos fué celebrado con el mayor entusiasmo. Los neófitos de más edad se encargaron de hacer la provision de palmas necesarias para la ceremonia, y nos trajeron abundancia de ellas, cuya sola vista hizo brincar de gozo á nuestros huer-

fanitos. La iglesia fué adornada en el interior con ramas simbólicas, y toda esa verdura ofrecía bello golpe de vista. El santuario se llenó de fieles y también de musulmanes atraídos por la curiosidad. La bendición y distribución de palmas fué seguida de una corta instruccion. Nuestros negritos, oyendo referir que los niños se señalaron por su solicitud en honrar al Salvador en su triunfal entrada en Jerusalem, se pavoneaban como si les correspondiese tal honor, y erguían sus cabezas con encantadora actitud. Terminada la procesion se celebró el santo Sacrificio, y durante el Evangelio hice leer por un anciano caldeo la Pasion de Nuestro Señor en árabe, con sumo gozo de los asistentes, á quienes tanto gusta oír lecturas hechas en su idioma y con el acento oriental.

«La solemnidad pascual fué realzada con las ceremonias del sacramento de la Confirmación y la profesion religiosa de una novicia indígena. Antes de ungrir con el santo crisme



AUSTRALIA. — Iglesia de Villa-María cerca de Sydney. (Pág. 378).

la frente de los neófitos bautizados por Navidad y la víspera, expuse en breves palabras la excelencia de este Sacramento, cuya administracion se reserva ordinariamente á los Obispos. La Comunión ofreció un tierno espectáculo. Inmediatamente despues de las Religiosas, acercóronse á la sagrada Mesa los neófitos que acababan de ser confirmados. Luego se presentaron los otros cristianos, los niños de la escuela vestidos de fiesta, y luego las niñas de las Hermanas con traje europeo y llevando el velo del bautismo.

«Concluida la Misa el celebrante recibió la profesion de una religiosa indígena, sor Fortunata Quache. Esta jóven nubiana, educada en Verona, habia hecho los dos años de noviciado é iba á pronunciar sus votos. Aproveché esta ocasion para poner de relieve la sublimidad de la vida religiosa y la admirable bondad de Dios, que elige sus esposas entre las hijas de un pueblo desheredado. Todas las mira-

das se dirigieron con piadosa curiosidad hácia la postulante, que la Superiora de las Madres de la Nigricia acompañó al altar. Esta era la primera vez que semejante fiesta se celebraba en el Kordofan. La bendición de los hábitos religiosos, la ceremonia de la vesticion, las oraciones y los cantos litúrgicos mantuvieron viva la atencion de la simpática multitud que se estrechaba en la iglesia. Por fin la religiosa, vestida con su nuevo traje, y llevando una vela en la mano y una corona en la cabeza, levantóse y fué acompañada por la Superiora al lugar de honor.

«Así se pasó el gran dia de Pascua en esta pobre ciudad de El-Obeid.»

Colombia. — Despues de una feliz travesía en el vapor *Ciudad de Paris*, el Ilmo. Biffi, nuevo obispo de Cartagena, desembarcó el 19 de Junio en su ciudad episcopal.

«La entrada del Prelado fué conmovedora, escribe el secretario de S. I. A su llegada fué saludado el buque con una salva de 21 cañonazos, y luego los notables de la ciudad acercáronse al buque en una chalupa dispuesta para el Ilmo. Biffi. Trasladado á ella el Obispo, los comisionados le dirigieron breves discursos, á los que contestó con afectuosas palabras que conmovieron profundamente á los buenos cartageneros. Anhelosos de presentar sus homenajes al nuevo Pastor, las Autoridades de la república, el presidente del Estado, el jefe de la Junta, el gobernador de la provincia y muchos miembros del Consejo, tomaron también una barca y salieron al encuentro del Obispo, ofreciéndole sus felicitaciones de bienvenida en las aguas del puerto.

«Fuimos recibidos en el desembarcadero al són de las trompetas y de los vivas al señor Obispo. Nos dirigimos á la Aduana, en donde S. I., según el ceremonial, debía revestirse los hábitos pontificales. Mas ¿cómo cambiar de vestido entre aquella multitud impaciente que le estrechaba de continuo? Tuvo que conservar su sotana de viaje, y limitarse á ponerse el roquete y la manteleta. Los entusiasmas vivas de la multitud sofocaban los acordes de las músicas. Dirigímonos á la plaza, en donde se habia preparado un altar. Allí hubo nuevos discursos, y luego fuimos en procesion á la Catedral, en la que el Vicario capitular leyó la bula pontificia y el Ilmo. Biffi dió al pueblo su primera bendicion episcopal. Todo el resto del dia la ciudad estuvo de fiesta: las músicas que habian celebrado la venida de S. I. recorrieron las calles; la alegría era universal. ¡Quiera Dios que el porvenir responda á tan buen principio!»

Australia.—La consagracion del Ilmo. Cani, primer obispo de Rockhampton, tuvo lugar en Sydney el 21 de Mayo último. El metropolitano Ilmo. Vaughan, prelado consagrante, fué asistido por los obispos de Maitland y de Gulgurne. El P. Kelly, de la Compañía de Jesús, pronunció un elocuente sermón. Asistió á la ceremonia el Ilmo. Torrighiani, obispo de Armidale.

—La iglesia que representa el grabado de la página 377 es la de Villa-María en Hunter's-hill, cerca de Sydney. Es la capilla de la Procura de las Misiones de la Sociedad de María, y fué solemnemente bendecida en 12 de Febrero de 1871 por el Ilmo. Elloy, coadjutor del Ilmo. Bataillon, á su regreso del Concilio y la víspera de su marcha para volver á su Mision de la Oceania central.

El edificio forma una cruz latina de 24 metros de largo en su obra de fábrica interior, y de 10 metros de ancho. La galería tiene una extension de 14 metros de longitud. Aunque no tenga, propiamente hablando, más que una nave, la iglesia de Villa-María tiene en realidad tres bóvedas paralelas; la principal tiene 11 metros de elevacion y los bajos laterales 7 metros. La primera está adornada de molduras que parten de pechinas destinadas á igualar las arcadas simulando los intercolumnios de las naves. Sobre dichas pechinas vienen á apoyarse también las aristas, cuya opuesta extremidad descansa sobre modillones colocados en el centro de los entrepaños de las ventanas de la nave. Las arcadas que separan la grande bóveda de las bóvedas bajas laterales, sólo están sustentadas por columnitas en la union de la galería. Dichas columnitas están aparejadas, lo que motiva que en toda la longitud de la nave la grande bóveda parece reposar sobre un baldaquino formado de arcadas terminadas por gotas pendientes.

La galería recibe luz por dos grandes ventanas gemelas que subdividen dos cruces de piedra.

La fachada es de las más sencillas. Está apoyada en cuatro estribos, cortados á la mitad de su altura por nichos salientes coronados de cimbalillos. El piñon principal se eleva á cerca de 15 metros. Está adornado con un roseton que representa la rueda de santa Catalina formando ocho table-

ros, rematando cada uno de ellos con un lóbulo redondeado cerca de la archibóveda. La forma de la puerta principal, así como las ventanas de la nave y del ábside, es una arcada con tres lóbulos redondeados. La parte de la fachada comprendida entre los dos estribos del centro, es medio metro saliente y remata con un frontis con ganchos sirviendo de pedestal á la estatua de san Pedro.

La construccion de dicha iglesia fué motivada por las necesidades religiosas de la poblacion. La primera piedra fué colocada en 15 de Setiembre de 1867 por el Ilmo. Polding, arzobispo de Sydney. Celebrando los misioneros de la Procura aquel día la fiesta del santo Nombre de María, la iglesia que iba á construirse fué designada bajo dicho título, por otra parte en perfecta armonía con el nombre de Villa-María que lleva la Procura.

«Nuestros amigos, decia una carta del P. Poupinel, han escogido el nuevo nombre que está hoy admitido por el público. Sin embargo existe para ello un motivo más grave. En un debate parlamentario sobre la educacion, un representante de esta colonia tuvo la desdichada osadía de insultar á la santa Virgen, á san José y hasta á Nuestro Señor Jesucristo. Apenas hubo en el Parlamento una ó dos protestas contra dicho escándalo, profundamente injurioso para los católicos. Hacia aquel tiempo llegó de Roma el arzobispo de Sydney, y su pueblo le hizo una ovacion inmensa. Los católicos querían de esta suerte protestar contra los insultos hechos á su fe y consolar á su Pastor con un brillante testimonio de amor. El venerable Prelado publicó una pastoral donde vindicó á María de los indignos ultrajes que la herejía acababa de vomitar contra ella, designando la fiesta del santo Nombre de María como un día de reparacion en que toda la diócesis debía, con sus preces y homenajes, ofrecer á la Madre de Dios una pública protesta contra los clamores de la impiedad. El Ilmo. Polding quiso muy acertadamente elegir el mismo día para colocar la primera piedra de nuestra iglesia.»

La casa que se ve hacia la derecha del grabado es el pabellon Sudoeste de la Procura de los Padres Maristas.

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

XVII.

Muley Soliman rey de los amazirgas. — Independencia del Sus. — Tratados entre Soliman y otras potencias. — La enfermedad bubónica. — Sublevacion de los amazirgas. — Los revoltosos sitian á Marruecos. — Hach el-Arbi nombra sultan á Ibrahim. — Muere éste y le sucede su hermano Said. — Este vence á Taieb. — Said vencido por Soliman. — Muerte de Soliman. — Su sucesor Abd er-Rahman. — El Imperio en esta época. — Abd er-Rahman vence á los chilojs y al falso Mesías. — Francia en la Argelia. — Batalla de Isly. — Celébrase la paz entre ambas potencias.



Al morir el sultan Sidi Mohamed dejó entre sus hijos uno, apenas adolescente, llamado Abu er-Rebich Soliman, que residia en Mequinez casi olvidado de todos. Viendo á sus ambiciosos hermanos disputarse el trono con tanto empeño, salió de su retiro y se dirigió á las montañas, entre las tribus amazirgas. Era Soliman tan gallardo, airoso y afable, que muy pronto se captó la voluntad y el aprecio de aquellas tribus, hasta el punto de que éstas le proclamaron por su rey. Bien pronto juntó un buen ejército, que unió á la Guardia Negra, de la que habia conseguido que defendiese su partido: equipó á sus soldados convenientemente, y él mismo se puso al frente de ellos con la re-

solucion de deponer á sus hermanos, á los que consideraba bastante débiles, y de proclamarse por único señor del Magreb.

No tardó Muley Soliman en vencer á sus dos hermanos Abd er-Rahman y Abd es-Selam, pero no le fué tan fácil vencer á Muley Hixem, que era el más fuerte y con el que tuvo que sostener varios combates, logrando al fin reducir sus dominios á la ciudad de Marruecos y sus cercanías. Viéndose, pues, Muley Hixem tan abatido y odiado hasta de sus pocos vasallos, y conociendo que le seria imposible resistir al poderoso ejército de su hermano, abandonó su exiguo reino y se retiró á un santuario, en donde murió poco despues. Quedó, pues, Soliman dueño de todo el Imperio y tomó el título de Emir el Mumenin en 1795.

Gran satisfaccion experimentó Soliman al verse coronado emperador del Magreb; pero bien pronto vió desprenderse de su imperial corona una de sus piedras más preciosas y brillantes. Las provincias de Sus el-Aksa, que se habian mostrado siempre amantes de su autonomia, y que jamás habian dejado de procurarla, lograron por fin coronar sus esfuerzos en 1810. Sidi Hexsam, xiej de una de aquellas kabilas, dió el grito de independencia, que, resonando por aquellas inmensas llanuras, llevó el valor y el arrojo al pecho de los chilojs, los cuales se declararon independientes del Sultan, reconociendo por gobernador al mismo Hexsam. Fijó éste su residencia en Talant, y logró obligar á las tropas que contra él envió Muley Soliman á que retrocedieran á Marruecos. Desde esta época todo el Sus se gobierna por sus xiejes (1), y no ha vuelto á reconocer la autoridad del sultan marroquí, por más que éste no renuncie á sus derechos, y más de una vez tenga mal de su grado que ser hasta complaciente con aquellos xiejes, por temor de que abran al comercio europeo los puertos de aquel país, en cuyo caso seria inmenso el perjuicio que se irrogaria al puerto de Mogador, el más importante de todo el Magreb.

Era Muley Soliman hombre astuto en extremo, gran político y digno sucesor de su padre. Comprendiendo, pues, la necesidad que su pueblo tenia de paz, se apresuró á celebrar con España un tratado, ventajosísimo para esta nacion, en el cual se consignó por primera vez que los misioneros pudiesen libremente ejercer el culto de su religion sin que nadie pudiera molestarles. Este tratado lleva la fecha del año 1799. Tambien celebró el Sultan tratados de amistad y comercio con los Estados-Unidos de América, con Cerdeña y con algunas ciudades Anseáticas. Pero el hecho que más renombre dió al reinado de Soliman fué el haber prohibido bajo severas penas el corso y la piratería en 1817; y para que esta determinacion se llevara á efecto con más rigor y escru-

(1) Los xiejes más principales del Sus son en la actualidad Sidi Hossaim, hijo y sucesor de Hexsam, residente en llekh, capital del antiguo reino de su nombre, y Jebib ben-Biruk, que reside en Glimin (Uad-Nun). Este último ha dado evidentes pruebas de su mala fe y crueldad: de ello son testigos de mayor excepcion varios españoles á quienes villanamente apresó, haciéndoles sufrir por muchos años toda clase de desprecios y vejaciones, hasta que por fin D. José Álvarez Perez, dignísimo cónsul de España en Mogador, secundando admirablemente las instrucciones del Gobierno de Madrid, pudo llevar á efecto su rescate el 15 de Setiembre de 1874, mediante la suma de 27,000 duros, que despues tuvo que reintegrar el Gobierno marroquí al español.

pulosidad que en tiempo de su padre, desarmó toda su marina de guerra.

Los piratas de Marruecos se habian hecho ya tanto ó más temibles que los de Argel, merced á las embocaduras de sus rios, por las que fácilmente entraban y salian sus carabos y galeotes, mientras que no podian penetrar los buques que los perseguian por ser de mayor calado. Estos terribles corsarios, que desde el siglo XVI tenian amedrentados á los navegantes europeos, dejaron de existir con las sábias y humanitarias leyes de Muley Soliman. Este hecho tan notable, el haber dado libertad el año anterior á todos los cristianos cautivos que habia en sus Estados y el haber prohibido la cautividad, comprometiéndose además á rescatar á todos los que cayeran cautivos en las provincias del Sus, que no reconocian su autoridad, hablan mucho en favor de este Sultan y manifiestan bien claramente la bondad de su corazon. La Europa toda debe estarle agradecida y especialmente España, que por su proximidad á Marruecos sentia más que otra nacion alguna los efectos de la piratería. El gobierno, en fin, de Muley Soliman fué tan suave, tan justo y tan humano, que desde su proclamacion en 1795 no hubo en su Imperio más sublevacion que la ya referida del Sus, y otra en los últimos años de su reinado, que producida por una causa al parecer insignificante, vino á encender la guerra civil en el Imperio, y duró los cuatro últimos años de su vida.

A principios de 1818 se reprodujo en el Magreb la enfermedad bubónica de 1799 y 1800. Esta horrible enfermedad causaba infinidad de víctimas, á lo cual contribuia no poco la gran sequia que habia en el país. Varios santones y moros fanáticos atribuian esto á castigo del cielo, por las relaciones que Muley Soliman mantenía con las potencias cristianas, por haber prohibido la piratería y por haber puesto en libertad á todos los cristianos cautivos. El pueblo, crédulo, ignorante y fanático, no tuvo dificultad en creerlo así, tanto más cuanto que el principal propalador de semejante doctrina era el Hach el-Arbi, jefe supremo de una especie de cofradía que hay en el Imperio, la cual cuenta muchos miles de afiliados, cuyo jefe es respetado como *santo y protegido del cielo*.

Imbuidos en estas ideas los amazirgas, negáronse á pagar los tributos, se declararon en rebelion y robaron un considerable convoy imperial que iba para Tafilet. Con esto los sublevados cobraron más ánimo y continuaron sus correrías con mayor descaro, llevando al frente como jefe un valeroso y arrogante amazirga, conocido con el nombre de Sidi Mehanx. Viendo el rápido aumento de los revoltosos, ordenó el Sultan á su hijo Muley Ibrahim que desde Fez, donde estaba de gobernador, fuera con sus tropas á someter á los amazirgas. Fué, en efecto, el Príncipe, empero no pudo adelantar nada, y Muley Soliman vióse obligado á ir él mismo contra los rebeldes con un ejército de 50,000 combatientes. La sola presencia del Sultan en el país amazirga fué más que suficiente para que los sublevados y sus hermanos los chilojs, que habian ido á pelear á su lado, depusieran las armas y se sometieran á su soberano.

Este fin pacífico hubiera tenido la sublevacion, si el despacho del príncipe Ibrahim por no haber podido sofoclarla por sí mismo, no exacerbaba los ánimos de los ya sumisos beréberes. Segun uso del país, treinta ancia-

nos, treinta mujeres y treinta niños se apresuraron á ratificar la paz con el Sultan: el cruel Ibrahim, cuando ya los pacíficos y confiados mensajeros se aproximaban al campamento, ordenó á sus soldados que hiciesen fuego sobre ellos, y todos, excepto cuatro niños, murieron víctimas de la crueldad del Príncipe. Los cuatro niños que quedaron con vida volvieron huyendo á su campamento comunicando á los suyos tan fatal noticia, que se propagó rápidamente. Al divulgarse entre los beréberes la barbarie ejecutada en los mensajeros de paz, todos se aprestaron á la pelea deseosos de vengar la sangre de sus hermanos tan injustamente derramada. Aquella misma noche se reunieron todos en consejo y resolvieron atacar al Sultan sin pérdida de tiempo.

Disgustado Muley Soliman con la injustificable conducta de su hijo, buscaba el medio de reparar el daño y de apaciguar la ira que tan horrible acción había producido en el ánimo de los contrarios. Todas sus huestes descansaban tranquilas, cuando de repente se hallaron sorprendidas por los tiros de los amazirgas, que venían contra ellos. Por todas partes principiaron á reinar el desorden y la confusión; los mismos soldados del Sultan se mataban y herían entre sí suponiéndose enemigos. Mas no era este el daño solo ni la única desgracia que había de sentir. Los ofendidos amazirgas y chilojs habían puesto fuego al campamento, y entre otras muchas víctimas que causó el voraz elemento se encontró el cruel Príncipe, que de este modo pagó su alevosía. El Sultan trató de huir, pero le fué imposible. En esto entró en su tienda un soldado amazirga, que al ir á hundir en su pecho la gúmia, le preguntó: «¿Quién eres?— Soy Soliman; sálvame, hermano,» le respondió el Sultan. El amazirga lo envolvió en su albornoz, lo cargó sobre sus robustos hombros, y caminando con él, respondía á los curiosos que le preguntaban: «Es uno de mis hermanos, que ha sido herido en el combate;» y así pudo conducirlo impunemente á su choza, de la que salió tres días después para refugiarse en el santuario de Sidi en-Naser y luego en Mequinez.

En esta ciudad le sitiaron los descontentos, y aunque sólo tenía para su defensa 7 ú 8,000 negros, resistía con valor el sitio, no obstante el dolor y pena que le causaba la muerte de su hijo, á quien amaba tiernamente. No era esto solo lo que atormentaba al desgraciado Muley Soliman, puesto que la misma Guardia Negra se le sobrepuso de tal modo, que llegó á quitar la vida en su presencia á su ministro y favorito Sidi Ahmed mul el-Tey, còpero que servía el té al Sultan, á quien había acompañado siempre con fidelidad en la próspera y adversa fortuna, secundando además sus humanitarias y civilizadoras disposiciones.

Ya hemos dicho que el principal motor de esta sublevación era el santón Hach el-Arbi. Pues bien; como éste viese que los beréberes no tenían medios para asaltar la ciudad y que el Sultan no daba trazas de entregarse, declaró vacante el trono del Imperio, é hizo proclamar sultan á Muley Ibrahim, hijo y legítimo sucesor de Muley Yazid, y por consiguiente sobrino del mismo Soliman. Muley Ibrahim recorrió victorioso todo el Imperio sin hallar oposición alguna en sus habitantes, pero al llegar á la ciudad de Tetuan en 1821, le sorprendió la muerte tan repentinamente que hizo sospechar si ésta

fué natural ó efecto de algun tósigo. Los jefes de sus tropas nombraron por sucesor á un hermano suyo llamado Muley Said, hombre valeroso y arrojado, pero muy poco afortunado en sus empresas.

Muley Said se puso desde luego al frente de sus tropas, que se componían de 30,000 hombres mandados por muy buenos generales, y marchó contra Fez, donde Muley Taieb, hijo de Sidi Mohamed, se había proclamado emperador. Salió éste á su encuentro, y hallándose ambos ejércitos no lejos de la ciudad, riñeron un sangriento y encarnizado combate en el que murió Muley Taieb, cuyo ejército fué completamente destruido, concluyendo con esto su reinado. Entró Muley Said triunfante en Fez, y cuando esperaba quedar dueño de todo el Imperio, supo que las tropas amazirgas y chilojs que sitiaban á Muley Soliman en Mequinez, cansadas de la prolongación é inutilidad del sitio, se fueron á sus respectivos países y dejaron libre al Sultan. Este salió de Mequinez con todo su ejército, y se dirigió á la ciudad de Marruecos, donde fué recibido hasta con entusiasmo por sus habitantes.

En Marruecos se ocupó el Sultan en preparar sus tropas y en reunir toda la gente útil para tomar las armas. Cuando ya tuvo sus huestes bien dispuestas para la pelea, se dirigió contra Muley Said, á quien encontró en Xeferaz. El ejército de Muley Said, ya por haber quedado diezmado en el combate que sostuvo con Taieb, ya por haberle abandonado en lo más recio de la pelea algunos de sus generales, llevó la peor parte en la lucha. Soliman continuó persiguiendo á Muley Said, que, huyendo de la terrible persecución de las huestes de su enemigo, fué á refugiarse en Fez el Nuevo con los desordenados restos de sus tropas. Comprendiendo entonces Muley Soliman que no le sería fácil arrojar á su enemigo de aquel inexpugnable baluarte, volvióse á la ciudad de Marruecos, en la que murió tranquilamente el 28 de Noviembre de 1822, después de un reinado de treinta años, en el que, como hemos dicho, supo gobernar sus Estados y elevar á sus habitantes á la altura posible, dadas las circunstancias en que se hallaban.

Al retirarse Muley Hixem á un santuario para concluir en paz sus días, según ya dejamos dicho, recomendó sus hijos al victorioso Soliman. Este tuvo presente poco antes de morir la promesa que había hecho á su hermano de protegerlos; y, fiel á su palabra, declaró por sucesor suyo al hijo primogénito de Hixem, prefiriéndolo á los tres hijos que había tenido de esclavas negras, y que eran los únicos que le quedaban. Al mismo tiempo escribió á todos los jefes de las kabilas, ordenándoles que reconocieran como sultan á su sobrino, puesto que de toda la familia imperial era el único digno de ocupar el trono.

Llamábase este príncipe Abd er-Rahman y tenía cuarenta y cuatro años. Hallábase de gobernador en la ciudad de Mogador, cuando recibió la noticia de la muerte de su tío Muley Soliman y de su inesperada elevación al trono. Inmediatamente, sin perder un momento, partió para la capital, que le recibió con muestras de complacencia: en la misma reunió un respetable ejército para ir contra Muley Said, que continuaba dominando á Fez el Nuevo, único punto sujeto á su poder. Poco antes de partir Abd er-Rahman quiso saber si los habitantes de

Fez el Viejo le recibirían como sultan: éstos no sólo le respondieron según sus deseos, sino que además le suplicaban que fuéase á visitarlos y que ellos mismos le ayudarían á desalojar de Fez el Nuevo á su émulo Muley Said. Conoció el Sultan cuán conveniente le sería aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo, y por lo mismo con sus tropas y las muchas que se le unieron en el camino no tardó en presentarse ante la ciudad de Fez, á orillas del Uad-Emkes. No bien llegó á este sitio Abd er-Rahman, cuando los moradores de Fez el Viejo y no pocos de Fez el Nuevo, que se hallaban cansados de la guerra y de las arbitrariedades y atropellos de Muley Said, salieron á recibirle con grandes muestras de alegría. Al ver Muley Said el formidable ejército de Abd er-Rahman, y recordando las crueles decepciones que le había hecho experimentar el suyo, comprendió que no podía esperar sino en la generosidad de su enemigo. Por esto se presentó humilde implorando clemencia en el campamento de Abd er-Rahman. Este le recibió muy bien y le perdonó, á condición de que en lo sucesivo residiera en Tafilet, donde acabó sus días, que fueron breves. Durante su residencia en Tafilet disfrutó una pingüe renta que le había señalado Abd er-Rahman. Levantó su campamento el Sultan, entró en Fez el Viejo, y después en el Nuevo, siendo en ambas ciudades recibido triunfalmente y proclamado por todos como Amir el-Mumenin.

Al subir Abd er-Rahman al trono marroquí todas las provincias estaban assoladas por las pasadas guerras: las ciudades se hallaban sin guarnición y sin armamento; la marina de guerra completamente abandonada desde que Muley Soliman la desarmó en 1817 para manifestar á las potencias europeas sus miras pacíficas y humanitarias; la justicia era administrada bárbaramente; el comercio y la industria no existían; todo lo que se había adelantado en el reinado de Muley Soliman había desaparecido en los últimos cuatro años, en que las guerras arruinaron el Imperio, y los habitantes todos se hallaban más fanatizados que nunca: todo esto junto hacía que el imperio de Marruecos, tan terrible y tan temido en otro tiempo, no contara con fuerzas ni aún para defender sus derechos. Pocos años antes obligaba Muley Yazid á los Gobiernos de Europa á que le pagaran un tri-

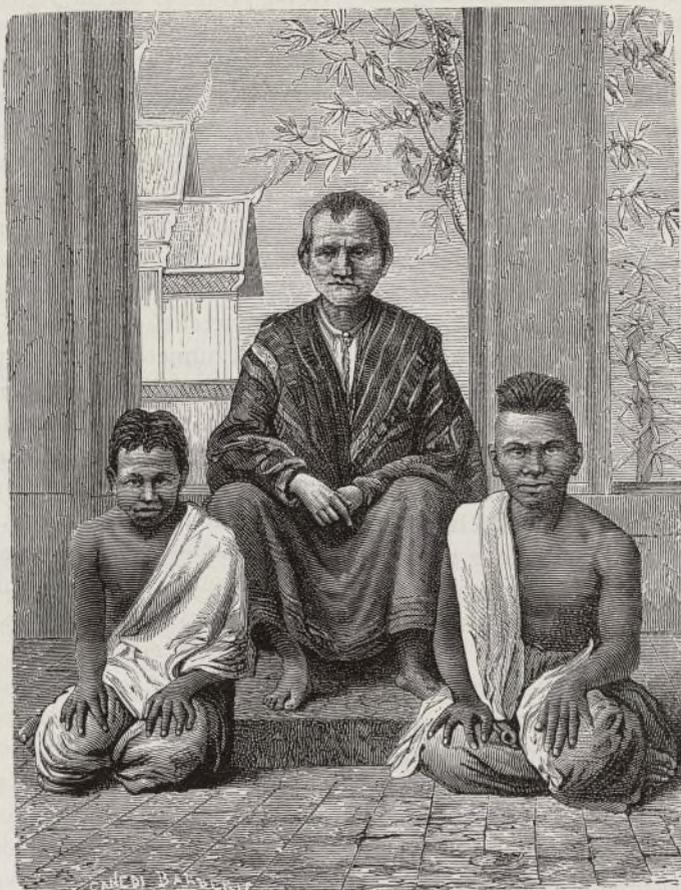
buto vergonzoso, y ahora el Gobierno del Magreb no tiene suficiente fuerza ni para cobrar las contribuciones que impone á sus súbditos. Triste y lastimoso por demás era el estado en que Abd er-Rahman halló el Imperio. No obstante, se propuso arreglar las cuestiones interiores, lo que consiguió en cuanto lo permitía un pueblo como el magrebino. Empero no pudo hacerse respetar en lo exterior, porque los Gobiernos europeos iban ya saliendo de su estupor, y se les iba cayendo la venda que cubría sus ojos.

Seis años gobernó pacíficamente Abd er-Rahman su Imperio, hasta que los chilojs, auxiliados por la Guardia Negra, trataron de alborotar el país; pero el Sultan consiguió desbaratar sus planes, lo mismo que los de un impostor, que en la ciudad de Tafilet quizo alzarse con el trono apellidándose Mehdi ó Mesías prometido por Mahoma, como en otro tiempo lo hizo el fundador de la dinastía almohade, Mohamed ben Abd-Allah.

Cuando ya el Sultan tenía algún tanto apaciguado el Imperio y arreglados los asuntos interiores, pensó en hacerse respetar por las naciones extranjeras, y en recuperar la preponderancia que el Magreb había perdido en los mares. Al efecto quiso restablecer en 1830 la marina marroquí, y lo hubiera conseguido si una escuadra napolitana, compuesta de cuatro bajeles, no hubiera vigilado de cerca los buques que ya tenía armados en corso. Tenía Abd er-Rahman algunos motivos de queja contra el rey de las Dos-Sicilias; pero am-

bas potencias entablaron las oportunas negociaciones, y quedaron satisfechas en 1832 con la mutua satisfacción que se dieron. No pudo sin embargo el Sultan cumplir sus propósitos, porque ya en este tiempo tenían lugar en la Argelia sucesos que le llamaban grandemente la atención.

Nadie ignora que Carlos X de Francia envió á la Argelia una fuerte expedición militar, y que sus tropas hicieron grandes progresos en aquel país. Muchos creyeron al principio que la Francia no tenía más objeto que apoderarse de algunas ciudades del litoral con el fin de impedir la piratería de los argelinos. Muley Abd er-Rahman, lo mismo que sus predecesores, no miraba con buena voluntad á los beyes argelinos, como lo prueban las guerras en que casi continuamente habían estado



Bonzo siamés. (Pág. 383).

empeñados, sobre todo en tiempo del Xerif Mohamed y de Muley Xec. Por esta causa Abd er-Rahman tuvo cierta complacencia con los primeros triunfos de los franceses; pero cuando vió que el ejército cristiano hábilmente dirigido llegó hasta los yerros y soledades del desierto, temió por la independencia de su Imperio, y procuró prepararse prudentemente para un caso dado.

Al efecto estrechó sus relaciones con Inglaterra, y no obstante haberse declarado neutral entre Francia y la Argelia, permitió que de Gibraltar pasaran por sus Estados armas y municiones para los argelinos. Así pasó mucho tiempo, hasta que el famoso Abd el-Kader, despues de haber defendido su patria con increíble valor y admirable constancia, se vió obligado á huir á la frontera de Marruecos en 1844. En esta época Abd er-Rahman hizo publicar la guerra santa en todos sus dominios, excitando á los pueblos y haciéndoles ver que era llegado el caso de defender su religion y de ayudar á sus hermanos, puesto que si no tomaban las armas, los cristianos acabarían no sólo con los argelinos sino tambien con los marroquíes. No necesitaba tanto el pueblo magrebino. Al punto acudieron de todas partes á alistarse en las filas del Sultan, quien con las primeras tropas que se reunieron formó un cuerpo de observacion que mandó á Uxda, ciudad fronteriza á la Argelia, para reunirse con las destrozadas huestes de Abd el-Kader.

Al obrar de este modo el Gobierno marroquí, esperaba ser ayudado por la Inglaterra; pues en Marruecos no se ignoraba que el interés de esta nacion estaba en proteger á los africanos. El Gobierno inglés, sin embargo, se contentó con hacer alguna demostracion de fuerza y con escribir alguna que otra nota diplomática que envió al Gobierno de Francia, del cual consiguió una declaracion de que, cualquiera que fuese el resultado de la guerra, Francia no conservaría para sí ni un solo palmo de terreno marroquí. Con esto quedaba entregado á sus propias fuerzas el Gobierno de Abd er-Rahman, á quien Francia pedia explicaciones acerca del ejército que habia establecido en Uxda, mientras el Sultan reclamaba á su vez de la Francia el abandono inmediato de algunos puntos que decia pertenecer al Imperio. Los franceses, como era de esperar, dieron una respuesta negativa á la peticion del Sultan, y entre tanto el campamento moro de Uxda se aumentaba prodigiosamente. Sidi el-Mamun, tio de Abd er-Rahman, se puso al frente de un cuerpo de caballería, y cruzando con él un rio que corre junto Uxda, se encontró poco despues con las divisiones francesas que mandaban Lamoricière y Bedeau, con las cuales tuvo que sostener un rudo ataque, hasta que la caballería francesa hizo volver grupas á los moros camino de Uxda.

No habia ya, despues de este hecho de armas, esperanza de un arreglo pacífico, por más que el cónsul francés de Tánger y el ministro marroquí se pasaban incessantes notas pidiéndose mútuas explicaciones. Lo cierto es que despues de todo esto y de haber interpuesto su influjo Sidi Bus el-Ham en favor de la paz, nada se consiguió. Hubo varios ataques y violaciones de territorio por una y otra parte en las fronteras de la Argelia y de Marruecos; y por último el Sultan mandó con un buen ejército á su hijo y califa Sidi Mohamed, que llevó en su compañía los mejores generales del Imperio, consi-

guiendo reunir en Uxda un ejército de 40,000 combatientes.

Grandemente alarmado el Gobierno francés, hizo por última vez sus reclamaciones, y señaló el dia 2 de Agosto de 1844 por término; concluido el cual, y como no hubiese obtenido contestacion satisfactoria, los franceses principiaron á hostilizar al enemigo por mar y por tierra. El príncipe Joinville, comandante de la escuadra, recibió orden de bombardear á Tánger y Mogador, que eran los puertos más importantes del Imperio. Esta orden la llevó á efecto en Tánger el 6 de Agosto, y el 15 en Mogador. En este último punto tuvo la escuadra algunas graves pérdidas.

Entre tanto Abd er-Rahman continuaba preparándose para que sus tropas estuvieran en disposicion de pelear y de dar una batalla decisiva; pues en el mes de Julio y en los primeros dias de Agosto sólo habian tenido lugar algunos encuentros parciales entre franceses y marroquíes, pero sin grandes consecuencias. Por el 3 de Agosto el mariscal Bugeaud, que mandaba las tropas francesas en número de 10,000 hombres de todas armas, levantó silenciosamente su campamento y fué á alojarse en el rio Isly, que corre entre Uxda y Tremecen. Al dia siguiente muy de mañana puso en marcha todo su ejército, pasó el Isly, y á las ocho descubrió el campo enemigo. No tardaron en hacerse fuego las avanzadas, y en poco tiempo se generalizó el combate. Sin embargo de ser mucho menor el número de los franceses que el de los marroquíes, la disciplina de los primeros y su buena artillería hábilmente manejada hicieron tales destrozos en las huestes de Sidi Mohamed, que quedaron completamente derrotadas y dispersas, dejando en poder de los enemigos 800 cadáveres, 12 piezas de artillería, 1,000 acémilas y un sinnúmero de tiendas, inclusa la del general en jefe y su quitasol ó insignia de mando (1).

Las vecinas kabilas, que esperaban ansiosas el triunfo de uno ú otro ejército para arrojarse sobre el vencido, concluyeron por apoderarse de lo poco que consigo pudieron llevar las desbandadas huestes marroquíes. Con esta victoria tan completa los franceses se hicieron dueños de todo el territorio hasta Uxda.

Al observar este descalabro parecia natural que Abd er-Rahman se desanimase completamente; pero, por el contrario, principió de nuevo á reclutar gente y á prepararse para una nueva batalla, con esperanza de derrotar á los franceses en las montañas. Estos, cuyas miras no eran de conquista ni podian serlo despues de haberse obligado á devolver el terreno que conquistaran, enviaron mensajeros de paz, ofreciendo evacuar á Uxda y todo el país tomado á Marruecos, exigiendo en cambio que el Sultan desterrara á Abd el-Kader, y que se comprometiese á no hostilizar á Francia en sus operaciones contra la Argelia. Abd er-Rahman reflexionó entonces sobre el estado en que sus tropas habian quedado, y no considerándose con suficientes fuerzas para arrojar á los franceses de sus Estados, ni mucho menos para apoderarse de la Argelia, accedió gustoso á la peticion de Francia, y por medio del bajá Sidi Bus el-Ham se ajustaron las paces en 10 de Setiembre de 1844, concluyendo así la guerra entre Francia y Marruecos.

(1) En esta ocasion, al verse el Príncipe imperial vencido por los franceses, hizo juramento de no cortarse el pelo hasta haberse vengado de alguna nacion cristiana. Creemos que no llegó á cumplir su voto.

III.

BONZOS SIAMESES.



Los bonzos ó sacerdotes budistas de Siam se llaman *phra* (grandes), y los europeos les dan el nombre de talapuininos, probablemente á causa del abanico que llevan en la mano como signo distintivo de su dignidad (*talapat*, hoja de palmera). Los talapuininos son monjes que viven en conventos ó monasterios bajo la direccion de un abad. Un convento en los campos alberga diez ó doce bonzos, y en las ciudades hasta seiscientos. En Bangkok hay diez mil y en todo el reino no bajan de cien mil.

Su traje consiste en una larga toga amarilla, un cinturón, un manto y una banda del mismo color. Su cabeza y cejas están enteramente afeitadas; traen en las caderas una marmita dentro de unas alforjas, y ante los ojos llevan un abanico de hojas de palmera á fin de que la vista no se extienda á más de cuatro codos.

Cuando un individuo quiere hacerse talapuino vístese de blanco, y al són de instrumentos músicos se embarca con sus parientes y amigos en una chalupa cargada de ofrendas para la pagoda y escoltada por otras muchas, resonando en todas partes aclamaciones de júbilo. Al llegar á la pagoda se introduce al neófito en la sala de ceremonias en presencia de diez ó doce *phra* requeridos para la ordenacion. El bonzo consagrante (*upaxa*) toma asiento en un tapiz rodeado de sus doce compañeros, y entonces un talapuino que tiene el título de lector se adelanta y dice en alta voz:

—Os presento este hombre, que pide ser ordenado *phra*.

El candidato se adelanta andando de rodillas, saluda tres veces, y levantando las manos juntas hasta la frente, se dirige al jefe de la asamblea diciendo:

—Venerable presidente, os reconozco por mi *upaxa*.

Dicho esto se le hace retroceder doce codos, y acto continuo el lector empieza el interrogatorio exigido por el ceremonial.

—¿Estás atacado de lepra?

—*Phante*, señor, responde el candidato; no tengo lepra.

—¿Estás sujeto á la locura?

—*Phante*, no, señor.

—¿Han echado los magos suertes sobre tí?

—*Phante*, señor, no.

—¿Tienes deudas?

—*Phante*, no, señor.

—¿Eres esclavo ó fugitivo?

—*Phante*, no, señor.

—¿Tienes el consentimiento de tus padres?

—*Phante*, sí, señor.

—¿Has llegado ya á la edad de veinte años?

—*Phante*, sí, señor.

—¿Tienes el *languti*, el cinturón, el manto y la banda amarillos con la marmita?

—*Phante*, sí, señor.

Terminado este interrogatorio, mándanle que se acerque, lo que efectúa andando de rodillas; saluda de nuevo, y juntando las manos exclama:

—¡Oh padre bienhechor! ruego se me admita á la dig-

nidad de *phra*; compadeceos de mí; sacadme del estado láico, para que pueda entrar en la condicion perfecta de los *phra*.

Repite tres veces esta súplica, y luego el lector dice en alta voz:

—Hermanos, si alguno tiene motivos para oponerse á la ordenacion del candidato, que lo diga sin reparo.

Tras una breve páusa, añade:

—Puesto que todos guardais silencio, es cosa hecha.

Tráese un libro; inscribese el nombre del candidato, la hora, día y año de la ordenacion: el nuevo *phra* se viste el traje amarillo completo, y le ponen un abanico en la mano y una marmita bajo el brazo.

—Ahora que habeis recibido la dignidad de *phra*, continúa el talapuino, voy á instruiros en vuestros deberes é indicaros los pecados que teneis obligacion de evitar: un *phra* ha de ir cada día á pedir limosna, vestir constantemente el traje amarillo, habitar en la pagoda, abstenerse de todo placer, de la mentira, del robo y de matar á los animales.

El que es iniciado en el talapuinado tiene obligacion de permanecer por lo menos tres meses en el monasterio: despues puede volver á tomar el vestido secular, y si más tarde desea entrar de nuevo en la pagoda le es preciso someterse á una nueva ordenacion. Muchos sólo visten el traje amarillo uno ó dos años y á veces algunos meses, y luego se casan, lo que es contrario á la institucion primitiva de Buda. Los talapuininos se desnudan del hábito sagrado antes de exhalar su postrer suspiro, pues segun su creencia seria un crimen digno del infierno el espirar con este santo vestido.

Los talapuininos tienen una especie de jerarquía que observan fielmente. La primera dignidad entre ellos se llama *sangharat* (rey de los cenobitas). Nombrado directamente por el monarca, tiene jurisdiccion sobre todos los talapuininos y todas las pagodas, pero no se ve que la ejerza de modo alguno. Su autoridad se limita á presentar al príncipe de vez en cuando una memoria acerca los asuntos religiosos, y á presidir las asambleas de los jefes de pagoda. Siguenle en jerarquía los grandes abades de los Reales monasterios, nombrados é instalados asimismo por el rey. Cada uno de ellos tiene á sus órdenes un vicario y un secretario.

Inferiores á los simples talapuininos hay los *nem* ó *samanem*, ó sea los discípulos ó postulantes que, no habiendo cumplido la edad de veinte años, llevan sin embargo el hábito amarillo, y hacen por así decirlo el noviciado.

Les está prohibido comer desde el medio dia hasta la aurora del dia siguiente, respirar el perfume de las flores, sentarse en colchones ó sillas que tengan más de doce pulgadas de altura.

Un príncipe nombrado por el rey vela por el buen comportamiento de toda la Orden, y tiene derecho de hacer prender y conducir los delincuentes á su tribunal, en donde se les despoja del traje amarillo, se les administran buenos palos, y se les condena á la cárcel ó bien á trabajos forzados segun la gravedad de los crímenes.

Durante tres meses del año, esto es, la estacion de las lluvias, los talapuininos tienen que permanecer en su monasterio; el tiempo restante son libres de pasar de uno á otro convento, de emprender largos viajes y de vagar

á su capricho en los bosques y comarcas más apartadas del reino. Así es que en esta época encuéntrase por doquier talapuinos buscando plantas, raíces medicinales y minerales de plata; pues, con menosprecio de sus reglas, muchos se dan á la alquimia y á la medicina.

La vida de los talapuinos es como sigue: al canto del gallo tañen la campana ó baten el tambor, sin duda á fin de dar á las mujeres la señal para que cuezcan el arroz. Despiertan á sus *luksit* ó escolares y les envían á disponer la barca, mientras ellos toman un baño, se componen, y recitan juntos en el templo varias oraciones en lengua bali: luego montan en la barca, y van á detenerse un momento ante todas las tiendas ó casas, donde las mujeres, postradas y con las manos juntas, les saludan y ponen en su marmita una buena cucharada de arroz, de pescado, de legumbres, frutas y algunas golosinas. Cuando han dado la vuelta y está llena su marmita, regresan al monasterio, reservan para sí lo que les place, y entregan el resto á los *luksit*. Después de comer fuman, beben té, tienen un rato de conversacion ó bien van á dar un paseo. Reciben visitas y regalos casi todo el día. Leen también un poco, estudian algunos libros balis, y enseñan de leer y escribir á sus escolares.

Mas, para juzgar del cuidado que ponen en esto, baste decir que de cada diez de sus discípulos, que pasan seis ó siete años en la pagoda, apenas habrá uno que sepa leer y escribir correctamente cuando sale del monasterio. A las once ú once y media el talapuino come segunda vez, concluyendo precisamente un poco antes del medio día, y desde este instante debe abstenerse de todo alimento hasta la mañana siguiente. No obstante hay algunas cosas que pueden tomar en el intervalo sin quebrantar el ayuno, como son té, azúcar, agua de coco, azúcar de palmera, etc. Con frecuencia se invita á los talapuinos á predicar en las casas particulares, pero el que se lo pide tiene que preparar de antemano multitud de presentes, que se ponen de manifiesto en una sala. Allí vense entre otras cosas piezas de algodón ó seda amarilla, fuentes con arec, betel ó tabaco, paquetes de

té, azúcar cande, cirios, arroz, pescado seco y toda clase de provisiones, hasta el punto de que aquello parece casi un mercado. Concluido el sermón, todos estos objetos son transportados á la barca del predicador.

Durante la estacion de las lluvias los talapuinos se reúnen por la noche en el templo donde hay el ídolo de Buda, y rezan reunidos el oficio en Bali, lo que dura más de una hora.

Estos sacerdotes consideran como uno de sus deberes el hacer predicaciones al pueblo, pero se cuidan poco de que su doctrina sea ó no puesta en práctica. No tienen cargo de almas, pues creen que la santidad es cosa exclusiva suya, á la que no pueden llegar los laicos.

En resúmen, no sentarse sino en una silla alta de doce pulgadas; huir de las mujeres, excepto cuando dan de

comer; respetar la vida de los animales, vestir sencillamente, lamentarse de la inestabilidad de las cosas humanas, confesar públicamente sus faltas, tal es el conjunto de sus reglas, mezcla singular de moral pura, de preceptos casi cristianos y de pueriles sortilegios. Algunos son en verdad sumamente austeros, pero la mayor parte no tienen ningun escrúpulo en cometer multitud de actos contrarios á sus principios.

Se les rodea de veneracion, dánseles pomposos títulos, y los siameses es-

tán persuadidos de que se adquiere gran mérito vistiendo el hábito amarillo, mérito aplicable á las almas de los parientes difuntos. Así los padres exigen que sus hijos se hagan talapuinos, á lo menos por algun tiempo.

NECROLOGÍA.

Ilmo. Ignacio de Villafranca, capuchino, vicario apostólico de las islas Seychelles.

La Mision de estas islas, en el océano Índico, ha experimentado una grave pérdida en la persona de su venerado jefe, Ilmo. Juan Pedro Galfione, capuchino.

Nacido en Villafranca (Piamonte) el 19 de Mayo de 1815, entró muy jóven en el noviciado de los Padres Capuchinos de la provincia de Saboya, y recibió el nombre de H. Ig-



ILMO. IGNACIO DE VILLAFRANCA, vicario apostólico de las islas Seychelles.